



591

579

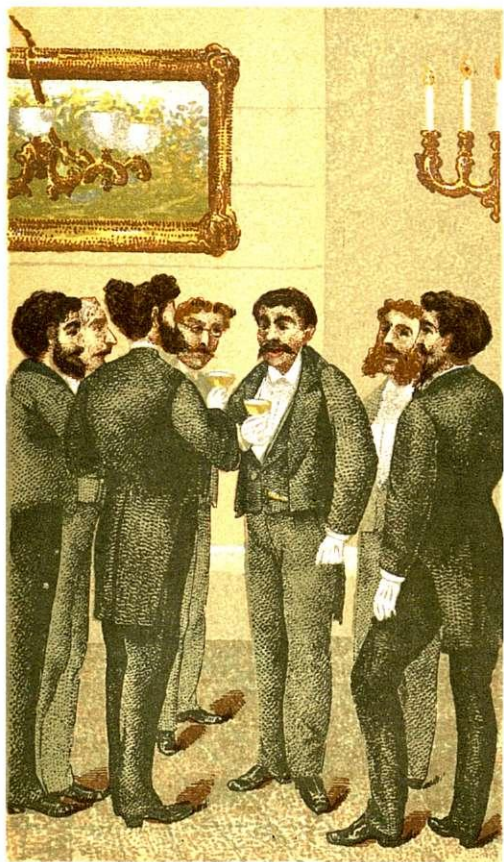
LA
LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

TOMO XIII.







Sanchez en la casa de Carlos

LA
LINTERNA MÁGICA

COLECCIÓN DE NOVELAS
DE
COSTUMBRES MEXICANAS, ARTÍCULOS Y POESÍAS

DE
FACUNDO

(JOSÉ T. DE GUELLAR)

ilustrada con grabados y cromolitografías.

TOMO XIII.



SANTANDER.
IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1891.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

LAS JAMONAS.

—
TOMO I.



94860

LA LANTERNA MÁGICA

• SEGUNDA ÉPOCA.

LAS JAMONAS

SECRETOS ÍNTIMOS DEL TOCADOR Y DEL CONFIDENTE.

NOVELA POR

FACUNDO

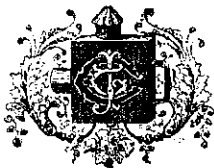
(1871)

TOMO I.

Y dijo el Señor Dios á la mujer: ¿Por qué hiciste esto? Ella respondió: La serpiente me engañó y comí.

GEN. CAP. III, V. XIII.

SEGUNDA EDICIÓN.



SANTANDER.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1891.



CAPÍTULO I.

Ó SEA INTRODUCCIÓN INDISPENSABLE Á
LA MONOGRAFÍA DE LA JAMONA.

LA jamona es una individualidad cuyos perfiles se escapan fácilmente al más sagaz observador.

La jamona no se llama así por razón de las materias grasas que se modifican y consumen en su economía animal; la jamona es un verdadero tipo que frente á frente de la filosofía moral desafía á mi pluma, me provoca con sus sonrisas de perlas falsas, con su castaña de rizos de otra y con toda su letra menuda.

Jamonas, jamonas: Facundo tiene el honor de saludaros muy afectuosamente. Ya no hay remedio; lo dicho: habeis acertado á pasar por el foco luminoso que proyecta la *linterna mágica*, y me perteneceis.

No os haré daño; no tocaré lo aterciopeado de vuestra piel, bien conservada y de una frescura significativa. Amables jamonas, no vacilo en deciros que me sois simpáticas como un libro de cantos rojos.

Me voy á permitir algunas inocentes libertades á propósito de vuestras estimables prendas, aunque no sea más que por hacer lo que han hecho todos los filósofos antiguos y modernos.

En la juventud hincamos el blanco diente en cualquier *camuesa* rubicunda con el placer con que lo hicieron *Salicio y Nemoroso juntamente*; pero apenas se nos indigesta la manzana, nos da por sabios, y disertamos sobre la fruta con igual formalidad que si habláramos de astronomía; y entonces es cuando salen por ahí más de cuatro verdades como un puño, relativas muy

especialmente á la *camuesa*, á sus *pepitas*, á sus colores, á su aroma, á su tez, á su ácido *málico*, á su pedículo, á sus principios nutritivos, á su reproducción y á todas sus particularidades.

No ha bajado un solo hombre de talento á la tumba sin que antes os haya besado primero como á flores y después os haya mordido como camueas; y á la verdad, por mi parte os confieso que no dejaré de hacer lo que esos señores, siquiera por parecémeles en algo.

No os hablo de la afición particular que tengo á besar flor y á morder camuesa, porque ya me la habeis adivinado en lo blanco de los ojos: y con esta seguridad me prometo que no me tachareis de hombre de mal apetito, ni de refractario á vuestros encantos, que soy el primero en enaltecer.

Decididamente, me sois profundamente simpáticas y no me rebajo.

En primer lugar, sois flores gordas; circunstancia que aboga á favor, no solo de la calidad, sino de la cantidad de miel que dais.

Yo os he visto reir delante de una florecita azul, pálida, muy pequeña, que se llama «no me olvides;» os he visto hacer un precioso gestito de desdén al ver la alfombrilla, y la *fuhsia*, y el plúmbago, y el clavel, y otras flores pobres de esencia, y sobre todo de miel; y todo porque teneis provisto suficientemente vuestro nectario con la cosecha de vuestras primaveras.

Acopiásteis miel virgen para toda la temporada, para darla después á probar á gotitas y sin desperdiciarla.

Sois lo más astutamente previsor que yo conozco.

Teneis atingencias y previsiones llenas de *esprit*.

Entremos á cuentas.

En el libro que se está escribiendo desde la creación del mundo, titulado «La mujer» vosotras las jamones estais dictando casi todos los capítulos.

La juventud está dividida en pequeños tratados sueltos; unos, dulcecitos y tiernos, firmados por una tórtola; otros, espeluznan-

tes y descomunales, firmados por escritores desmelenados y furibundos, por Espronceda, por Victor Hugo, joven, por Rivera y Ríó antes de hacer política y por Antonio Plaza.

Vosotras teneis el monopolio de la miel. La primera jamona que conozco es Cleopatra. Os presento por delante ese precioso tipo para que no desconfieis al leerme.

Cleopatra tuvo todo el *chic*, que solo en jamona se concibe, para purgarse con algunos gramos de fosfato en forma de perla, valuada en 25.000 duros.

He aquí á la mujer. He aquí á la jamona.

Semíramis fué otra jamona de gusto. Desafió á todas las pollas del mundo, y de todas las épocas, á que hagan lo que Semíramis.

Queda sentado que la jamona es capaz de digerir perlas y de hacer ciudades.

¡Y qué perlas!

¡Y qué ciudades!

Babilonia debía ser obra de jamona, por lo costoso y lo elegante que era.

Desde el momento en que la mujer pasa del estado de flor elegible al de flor que elige, entra en un mundo tal de secretas combinaciones y peripecias, que la rapidez de la escritura es una rémora para decir todo lo que á las mientes se viene de sabroso y digno de contarse.

Figuráos una joven en quien la madre naturaleza no tuvo á bien hacer esas fatales inoculaciones que han dado en convertir á la presente generación femenina en espárragos con faldas.

Excluíd la clorósis y otros achaques de esa joven y no la permitais ni la descendencia: dejadla entrar con todo el caudal de su juventud en la edad de la mujer.

Dejadla aún madurarse hasta el momento en que tal ó cual lesión del tiempo le viene á hacer cierto género de advertencias; observadla bien, y encontraréis á la jamona en toda su preponderancia.

Fuera de esa primera juventud que devora la polla, y que se monopoliza en el matrimonio ó se encanija para ingresar al

gremio de las simples tías, la mujer en la segunda edad, en el legítimo estío, en la sazón, en el punto, es admirablemente curiosa.

En ese punto es en donde el autor de este libro tiene puesto el ojo; ese punto es el que señala con el dedo por doble indicación; de ese punto, como el de la roca que tocó Moisés, brotará todo lo que en adelante escribiremos hasta el índice del volúmen.

Lelos, hace tiempo, ante la moderna filosofía de la mujer, nos hemos sentido inclinados á consignar nuestras observaciones en tal ó cual libro, que leerán las generaciones venideras con cara de sordo.

Esa filosofía, que podríamos llamar parisiense, es el código de la jamona; y la jamona no es precisamente parisiense, ni la parisiense nos importa un rábano; la jamona nacional es el objeto de nuestra atención y de nuestros miramientos; la jamona de la capital, clasificada en ejemplares diversos del mismo tipo.

Será objeto de nuestra observación la mujer, desde que, llevando algún tiempo de

serlo, está en la difícil posición de esas flores que respetó la mano del ramilletero, y que esperan deshojarse al menor soplo de la brisa.

Una mujer, resolviendo el viejo problema de la iniciativa en amor, es una joya para el escritor de costumbres.

Necesariamente esta contravención trae, en el símil de la naturaleza, estos fenómenos.

Una flor que murmura y un céfiro que se deja besar por la flor.

Un cáliz lleno de miel, distribuido como quincena por la propietaria del cáliz, por medio de nómina y recibos.

Una flor, que en lugar de dejarse deshojar por los céfiro, los tiene á sus órdenes como sus afectísimos servidores que besan sus piés.

Una flor, que admite á discusión á cualquier mosco que necesite miel.

Táchese de poco fecunda la materia: desafió al naturalista á que me diga que no merece un tomo una flor de esta clase.

Esta individualidad pertenece á la gloriosa época presente, en la que el hijo de Vénus tiene el ojo más abierto que un lince, y sobre todo, un bozo que le ha salido por la fuerza de la experiencia.

Por mi parte, apechugo cariñosamente con la tarea de penetrar al tocador de la jamona, ó de colocarme al otro extremo de su confidente y emprender sabrosas pláticas, para pillarle más de cuatro secretos buenos.

Me resigno hasta á participar de la quincena de miel, siquiera como empleado auxiliar y supernumerario; resignación que no por fácil deja de tener su mérito.

La Margarita del Fausto, Julieta la de Romeo, Laura, Beatriz y todas esas pollas clásicas, viven con su fama incólumes en el relicario de la tradición; pero ¿y la Herodías, que, aunque para su época era joven, sabía ya del *pe* al *pa* el código de la jamona; pero Lucrecia, que mataba moscos chupadores de miel, como esa flor que cierra sus pétalos condenando á prisión perpétua

á los ladrones; y la reina Margarita y Marión Delorme, cuyo *carnet*, sin patente de sanidad, tiene el honor de colocarse en las bibliotecas públicas y privadas?

Ahí está la mujer, ahí está la flor gorda, henchida de miel y de principios: ahí está la jamona fecunda con axiomas, máximas y problemas.

En ella está el amor de Roma, de Pompeya y de París, el amor-áspid, el amor-ecuación y el amor-vapor.

Esos corazones son los que han inspirado á algunos la palabra *pliegues*, y los que, amurallados como Babilonia, desafían al fisiólogo, al poeta, al guerrero y al cartujo.

Contra esos corazones emprende hoy Facundo su lance de armas, pluma en ristre, y con la sonrisa en los lábios.

Nos veremos.





CAPÍTULO II.

ENTRA EN ESCENA UNA MUJER
ENTERAMENTE PARECIDA Á UNA JAMONA

AMALIA es una señora muy elegante: se presenta en todas partes ostentando un refinamiento tal y un gusto tan exquisito para vestirse, que el áspid de la envidia ha picado ya á algunas señoras muy más encopetadas que Amalia.

Amalia es una criatura feliz: vive en una atmósfera de bienestar y de *confort* que parece confeccionada adrede para ella.

Tiene una clave, clave misteriosa y casi

equivalente á la piedra filosofal, clave que bien pudiera llamarse la Pata de cabra ó los Polvos de la Madre Celestina, porque es el resultado filosófico—químico de muchos ingredientes de la civilización actual.

Amalia ha adquirido legítimamente el derecho de propiedad de ese amuleto maravilloso que la hace rebosar felicidad por todos los poros de su cuerpo.

Facundo se ha salido de sus casillas retorciendo los tornillos de su aparato como un fotógrafo para aplicar á tiempo el foco de su linterna mágica, y cada vez que ha logrado atrapar un dato, un perfil, una faceta, de ese brillante cintilador, ha debido (aunque no lo ha hecho) exclamar ¡*Eureka!*

A la fecha el autor tiene lo bastante para hacer la presentación.

Observemos.

Cuando un reloj que sirve de taburete á una Leda de bronce francés imitación del antiguo, da las once, Amalia ha liquidado sus cuentas secretas con el tocador, ha di-

rijido ya la última mirada á la luna ovalada y ha dejado escapar una última sonrisa.

Sonrisa supernumeraria, excelente, sin dedicatoria y sin resultado como el tiro de prueba, no para ensayar la puntería sinó el arma.

Amalia pasa del tocador al saloncito, en donde lo primero que saluda es el ramillete que recibió ayer.

El saloncito tiene muebles tapizados de tripe rojo, cortinas de punto, alfombra blanca con ramos de flores, mesa estorbo, dos sillones de bejuco del Norte, candelabros y espejos.

Amalia está lo que se llama bien vestida, y en cada uno de los detalles de su persona hay algo que observar, ya sea la manga abierta que comete á cada paso la indiscreción de permitir al ambiente que bese un pedacito de brazo mórbido como el de una estatua griega; ya es un guardapelo esmaltado que juguetea á cada movimiento, como el cascabel de un gato, sobre un ligero hoyito que Amalia tiene en la garganta, el tal

guardapelo casi sigue los movimientos de la cabeza y está haciendo el papel de esas manecillas que en una esquina ó en una puerta quieren decir «por aquí;» ya es un rizito de cabello que cae sobre un lado de la frente y que está pretendiendo decir «aquí me quedé olvidado;» ese rizo es un acento circunflejo de la fisonomía de Amalia: ya, en fin, es un brazalet misterioso de pelo con broches de oro con iniciales, porque todo en Amalia está encerrando un misterio y un encanto.

Amalia tiene pájaros, pescados y macetas y además un perrito blanco como una greña de algodón; es un perro *monísimo*.

Las manos de Amalia son muy bonitas, y no contenta con que la madre naturaleza le dejase aguzadas las puntas de los dedos, se deja crecer las uñas y se las recorta en forma de lanceta.

Esto la obliga á ser cauta, á tentar quedito, á no cojer tierra y otras muchas cosas.

Amalia tiene una amiga de confianza, tan de confianza que fué su compañera en el Colegio de las Vizcainas.

La está esperando.

Esta amiga de confianza se llama *la chata*: así la decían todos; y muchos por no saber cual es su nombre de pila, la dicen *chatita*.

—¡Josefa! grita Amalia impaciente, ¿no ha venido la Chata?

—Si, señora, contesta entrando una criada, cuyo traje tira ya á *traje de persona decente* y cuyo peinado tira ya á castaña clara: vino, pero dijo que iba al cajón y volvía.

Un cuarto de hora después llega la Chata.

—¿Lo viste? dice Amalia á su amiga.

La amiga en lugar de contestar, buscó algo en la habitación.

—Estoy sola, agregó Amalia.

—Lo ví, dice la Chata, sentándose en el otro extremo del confidente.

—¿Y qué?.....

—Hay mucho que decir.

—¡Ave María! ¿Ya te catequizó? ¿ya estás de su parte? ¿ya no puedo contar contigo?

—¡Espera, espera por amor de Dios! ¡qué violenta estás!

—Ya lo sabes: sí, es cierto; estoy en ascuas.

—Pues oye. Estaba muy enojado.

—¡Enojado! ¡No hay cosa peor que manifestar á los hombres todo nuestro cariño! ¡Enojado cuando acaba de saber que lo amo!

—Debes disculparlo; precisamente porque sabe que lo amas, se creía con derecho de esperar de tí....

—Le parece al poeta que todo es tan fácil; ¡ya se ve! él tiene talento, escribe, improvisa y miente; todo con facilidad.

—¿Quieres oírme?

—Sí.

—¿Sin interrumpirme?

—Sin interrumpirte.

—Pues oye: te han traicionado.

—¿Quién? ¿Cómo?

—Tu prima Amparo.

—¡Es posible!

—Sí: le contó á Ricardo todo lo de la otra noche; y tú tienes la culpa por fiarte de pollas.

—¿Y que le contó?

--Le dijo que vivías triste, que el temple de tu alma te ponía al borde de un precipicio.

—No sigas; es necesario vengarme de Amparo.

Es necesario que el lector sepa lo de la otra noche: Ricardo, el Ricardo á quien aludían la Chata y Amalia, es un poeta, frisa en los veinticinco, es amable, locuaz y un poco elegante.

Amalia leyó unos versos de Ricardo en un periódico y pensó, que Sanchez es muy bueno, pero muy frío; Sanchez es el marido de Amalia, es muy bajo de cuerpo, como de cuarenta años y personaje nuevo.

Sanchez vino en el polvo de la revolución hasta México, prestó algunos importantes servicios á la patria, como por ejemplo: haber andado con el gobierno, haber sido secretario de un gobernador, haber perdido su papá unas vacas, y aunque por fin aceptó un empleo en tiempo del imperio, fué de puro compromiso, pero no por convicción; en cambio se había adjudicado tres

casas del clero que no pagó, y había recibido por vía de liquidación; diez mil pesos que le pagaron, y después había tomado posesión de un empleo de hacienda, cuyas quincenas eran una bendición de Dios.

Con esto y con haber encontrado por esos mundos de Dios á Amalia, Sanchez había acabado por ser un hombre feliz.

Más todavía: había logrado hacer feliz á Amalia; primero porque le había abierto un horizonte; apertura apreciableísima especialmente para la mujer; en segundo lugar la hacía feliz porque la quería; y en tercer lugar porque, como Sanchez estaba colocado á horas fijas, Amalia tenía esas mismas horas á su disposición para seguir siendo feliz, aunque no precisamente por el método de Sanchez.

Este deseo de ser feliz es universal, y no habrá quien se declare en contra de una tendencia tan explicable; solo que, á pesar de los seis mil años que llevamos de controversia, no hemos logrado ponernos todavía de acuerdo en *el modo*.

La diversidad de los sistemas empleados para conseguir esa gran quisicosa, ha dado resultados individuales dignos de estudio.

Amalia es un ejemplo vivo, y para apreciar la exactitud de este aserto, estudiémosla:

Amalia nació en Oaxaca, allí corrieron los primeros años de su infancia; y aunque quisiéramos dar algunos detalles acerca de sus progenitores, estos datos los hemos perdido en el oscuro laberinto de nuestra mala memoria; á pesar de que un oaxaqueño amigo nuestro nos contó del pe al pa la historia íntima de Amalia; sí recordamos que la tal historia no era de lo más edificante, y el carácter del que según todas las probabilidades era el padre de Amalia, nos impone el deber de callar porque no se nos tache de parciales, revelando poridades de una clase en un tiempo privilegiada.

Amalia, apenas nació, tuvo la desgracia de ser ocultada á los ojos del mundo; y nosotros que solemos pecar de maliciosos, creemos que de allí le vienen todas sus desgracias á Amalia.

No están las virtudes domésticas ni la bondad de sentimientos, precisamente de parte de los hijos naturales.

El calor de los pechos maternos y la pureza del hogar, atesoran los efluvios de una dicha tan inapreciable, que solo en la edad madura y al través de las vicisitudes se comprende.

Pero cuando la siniestra huella del crimen ha manchado el hogar; cuando una trasgresión del orden moral dá vida á un sér sin el calor de los nupciales linos; cuando no es la familia originaria la que se reproduce sino los delincuentes ocultos; entonces el niño que viene al mundo, busca con su primer mirada una conciencia, y engendra con su primer sonrisa un remordimiento, porque es un sér que viene pidiendo cuenta de las lágrimas de desolación que verterá más tarde.

Cierto racionalismo estúpido se empeña en considerar al niño como una larva indiferente, y al verlo aparecer lo segrega de



SÁNCHEZ.



la comunión de los humanos para considerarlo solo como una promesa.

Este racionalismo sustenta los orfanatorios é introduce en las familias ladroncitos de honra y de patrimonio.

Amalia nació en una noche tempestuosa, y como esas semillas destinadas á que las arrebate el viento, su primer papel en el mundo fué este:

Cuerpo de delito.

Estos cuerpos, bien sean un niño ó una ganzúa, se esconden.

Salir á luz escondiéndose es un sarcasmo reservado sola al hijo natural.

Con algunos litros de leche alquilada, Amalia tuvo lo bastante para resolver el problema de su vida.

El padre de Amalia, dijo un día:

—¡En fin..... la niña vivirá!

En estas pocas palabras asomaba una monstruosidad, un amor paternal resig-nándose.

Ó de otro modo:

Un criminal, teniendo que ser padre.

Por esa época, Amalia comenzó á ver á un señor que le daba juguetes de vez en cuando.

Algunas veces se la sentaba en las rodillas y la acariciaba.

Un día, el señor aquel besó á Amalia despidiéndose, porque Amalia iba á ser trasladada á México.

Y ya que sin sentirlo nos hemos alargado en el relato de lo que á Amalia le había sucedido con anterioridad al momento en que la hemos visto hablar con la Chata, pasaremos á otro capítulo, en el que continuarán estos apuntes.





CAPÍTULO III.

EN EL QUE SE VE QUE LAS AMISTADES
DE LA INFANCIA SON DURADERAS.

LA juventud de Amalia brotó como una flor dentro de los muros del Colegio de las Vizcainas.

La Chata vió nacer esa flor y de aquí nació la intimidad de Amalia con la Chata.

El primer brote de esa flor es, por lo general, un pedazo de cielo, es una paloma que anida, un beso que se oye, ó un estremecimiento que no se comprende.

Suele tomar la forma de una meditación que termina en un suspiro; suele ser una lá-

grima pero nunca una sonrisa: hay algo melancólico y grave; hay como un aviso secreto y misterioso, pero solemne, en la aurora de ese día primaveral que se llama la juventud.

Las organizaciones nerviosas de las hijas del trópico, presienten esa aurora entre los juguetes de su felicidad, entre las muñecas con que juegan.

Un día, Amalia y la Chata jugaban con sus muñecas.

Amalia tenía en las manos una hermosa muñeca, á la que acababa de vestir.

—Mira á mi Rosa qué linda está, le dijo á la Chata. ¿Sabes por qué? porque se va á casar; tiene un novio muy elegante que ha pedido su mano: ¡ay! y la quiere mucho... mucho; y oye..... mi Rosa me va á dejar por seguir á su marido, y hace muy bien; pero lo siento mucho.

Una de las primeras instituciones de la mujer, es la tendencia á la maternidad: las niñas encuentran un placer inefable en jugar á las madres.

Amalia tenía la grata ilusión de ser madre de su muñeca, á la que llamaba Rosa.

—Mira, continuó diciendo á la Chata: mi Rosa estrenará el día que se case un vestido blanco de gró, adornado con blondas y le pondré una preciosa corona de azahares, porque estas son las flores de las novias, y esta corona sujetará un velo transparente que le caerá sobre la espalda, ¡Ah! qué linda estará mi Rosa. Y su novio, su novio es muy buen mozo é irá al casamiento vestido de negro, con una casaca muy bien hecha; un chaleco negro también y muy abierto, para dejar lucir una elegante camisa de batista con vuelos encarrujados con una puntita de piña hecha con hilo del ciento; llevará una corbata blanca también de Cambray, perfectamente bordada: guantes blancos y botas de charol. El novio ha de tener una cabeza muy artista, cuyos cabellos ensortijados siempre le den á su frente y á su fisonomía un aspecto distinguido y elegante.

—Y no tendrá bigotes? preguntó la Chata.

—¿Bigotes? sí, un bigotito, pero como de seda, muy suave y muy bien peinado... barbas no, no me gustan esas barbas de gastador, esas barbas gruesas y groseras; no, ni lo permita Dios! la barba del novio de Rosa ha de parecer de seda.

—¿Y qué? interrumpió la Chata, ¿no le haces á Rosa un vestido para la iglesia?

—Sí, por supuesto; un vestido negro de gró de á cuatro pesos vara, todo lleno de adornos, y una mantilla de blonda española de á doscientos pesos. Sí, ese será su traje para la ceremonia de la iglesia.

—¿Pues qué tú sabes todo eso?

—Sí.

—¿Quién te lo ha enseñado?

—Mi nanita.

—¿La señora?...,...

—Sí, me contó la otra noche su casamiento.

—¿Conque ha sido casada?

—¡Vaya!

—¿Y qué te dijo?

—Me informó de que hay tres ceremonias.

—Cuéntame eso, dijo la Chata tomando una actitud á propósito para no perder una sola palabra de Amalia.

—Pues en primer lugar son los amores.

—¿Y cuánto tiempo duran?

—Según.... si la novia tiene papá y mamá que se oponen al matrimonio, entonces duran mucho tiempo.

—¿Y si no se oponen, duran menos los amores?

—Sí, porque entonces se casan pronto.

—Yo creo, objetó la Chata, que los amores han de ser más bonitos que la ceremonia.

—¿Por qué lo crees?

—Por que ha de tener uno que hacer tantas cosas para ocultarse y ha de pasar por tantas ansiedades, que yo creo que ha de ser uno muy feliz.

—¡Quién sabe! yo no sé de amores porque nunca los he tenido.

—Pues yo sí.

—¿Tú?

—Quiere decir, no fueron amores sinó que mi primo...

—Ya me vas á hablar de tu primo; parece que no sabes hablar de otra cosa.

—Es que como se trataba de amores...

—Sí, pero eso ya me lo has dicho muchas veces.

—Pues bien, por eso creo que los amores han de ser lo más bonito.

—Puede ser, ¿pero por fin, te cuento lo de las ceremonias?

—Sí,

—Pues quedamos en que primero son los amores y después la toma del dicho.

—¿Y cómo es eso?

—Muy sencillo: viene el señor cura y le pregunta á uno si es cierto que..... Fulano, la quiere á uno, y se contesta si sí ó si no, y en fin, le hacen á uno una porción de preguntas de que ya no me acuerdo, en seguida firma uno un papel y también los testigos.

—¡Ah! ¿conque hay testigos?

—Por supuesto.

—¿Y después del dicho?

—Siguen las amonestaciones.

—¡Ah! y entonces todo el mundo sabe que se va uno á casar.

—Para eso es, para que lo sepan.

—¡Ah! ¡qué vergüenza!

—¿Vergüenza por qué?

—Eso es muy feo.

—Pues entonces se pagan sesenta pesos en el Arzobispado, y no hay amonestaciones.

—¿Sí?

—Sí; eso es lo que se llama dispensa de vanas.

—¡Mira qué instruída estás!

—Todo me lo ha dicho mi nanita.

—¿Sabes que los viejos saben muchas cosas?

—Y nosotros no, todo lo ignoramos.

—No, no todo, ya lo ves; yo sé también muchas cosas más que tú.

—Pues bien, sígueme contando; quedamos en que no hay amonestaciones.

—Siguen las donas.

—Sí, eso sí ya lo sé, son los regalos, son los vestidos, el blanco y el negro, y las alhajas; muchas alhajas ¿no es verdad?

—Sí, por supuesto, porque cuando uno se casa se pone brillantes.

—Y todo.

—Ya se ve. ¿Pero me dejas acabar?

—Sigue.

—Porque si me estás interrumpiendo.....

—Ya no chisto.

—Siguen las donas y después la ceremonia, en que le preguntan á una si recibe por esposo y compañero á.....

—¿A quién? preguntó la Chata riéndose.

—Al que sea; dicen su nombre. Después de la ceremonia la velación.

—Sí, eso ya lo he visto en la iglesia, lo de la cadena y el paño azul y todo eso ¿pero después?

—Después se van los novios á su casa y viven juntos.

Hubo un largo rato de silencio: la materia estaba agotada, el casamiento descrito y Rosa la muñeca se había quedado abandonada.

Amalia y la Chata navegaban en ese piélago misterioso de las dudas de amor y se

forjaban quimeras halagadoras; y sin saber por qué aquella conversación las había entristecido.

Al cabo de algún tiempo Amalia le dijo á su amiga:

—No le digas á nadie nada de lo que hemos platicado.

—No.

—A nadie.

—¿Es pecado?

—Mira..... yo no sé; pero mi confesor me ha dicho que las niñas no deben hablar del matrimonio.

—¿Eso te dijo?

—Sí, porque yo le conté que iba á casar á Rosa mi muñeca grande, y que por hacerla trajes no había podido repasar los verbos irregulares.

—¡Ah! entonces te lo dijo por lo de los verbos; así con razón, si no estudias.....

—Pero siempre será bueno no decirlo.

La amistad de la Chata con Amalia comenzó á atesorar secretos y á ser por lo mismo más íntima.

Desde aquel día las dos amigas experimentaban un dulce bienestar en conyersar á solas é imprimían á todas sus acciones cierto carácter misterioso, porque aquella conversación sobre el matrimonio de la muñeca era ya para ellas un asunto de cierta gravedad que ellas mismas comprendían pero que se empeñaban en sostener y en fomentar.

Halagaba su vanidad de niñas la idea de tener un secreto que guardar, un asunto de que tratar á solas y se segregaban de las demás para ir á reclinarse sobre el barandal de uno de los corredores más lejanos, con objeto de estar á la vista de todas sus compañeras y á la vez sustraídas á su curiosidad.

Las niñas comenzaban á censurar aquella conducta y hasta había lenguaraz que exclamara:

—Parecen marido y mujer, nunca se separan.

Dispuesto el corazón á recibir las primeras impresiones del amor, basta á la mujer

estar en contacto con otro sér para revestirlo de un encanto particular: la Chata y Amalia se querían entrañablemente, gozaban en estar juntas, deseaban estar solas, y como los celos son inseparables del amor, especialmente del amor indefinido, la mayor parte del tiempo lo empleaban en darse celos y satisfacciones mutuamente.

Esta intimidad iba tomando creces y del matrimonio de la muñeca entraron al terreno de las suposiciones, personificando más resueltamente la cuestión.

—¡Casarse! decía Amalia; qué felices han de ser las que se casan!

—¿Por qué?

—Porque aman, porque son amadas.

—¡Pero nosotras! exclamó la Chata con un acento de tristeza imposible de describir, nosotras condenadas á vivir entre estas cuatro paredes; sin conocer el mundo ni á los hombres. ¡Si vieras cuántas cosas he oído decir de los hombres!

—¿Sí?

—Ya lo ves, aquí todas las señoras gran-

des no los pueden ver, siempre están hablando mal de ellos.

—¡Pobrecitos! dijo la Chata, y lo dijo de todo corazón, porque la Chata era muy buena chica; por lo menos en lo de abogar por nosotros.

—Yo creo que los calumnian, porque si los hombres fueran tan malos como dicen, no se casarían tantas mujeres todos los días.

—Y aún suponiendo que sean malos dijo, á su vez la Chata, ¡qué hemos de hacer! es necesario conformarse y admitirlos tales como son, porque no hay otros.

—Yo quisiera tener un novio para desengañarme. ¿Y tú?

—Yo también.

—¿Y dejarías de quererme á mí?

—No; jamás, dijo la Chata, dando un beso en la frente á Amalia.

—¡Ay! ¿y si te casas?

—Viviremos siempre juntas. ¿Y si te casas tú?

—También viviremos juntas.

Comenzaron los primeros días de la ju-

ventud de Amalia y de la Chata, en medio de todos los sinsabores y sueños de la reclusión; hasta que un día los parientes de Amalia, que regresaban á Oaxaca, determinaron llevar á la huérfana, pues según todas las combinaciones de familia, Amalia podía ya salir á luz y darse á conocer á sus parientes.

Amalia y la Chata lloraron muchos días, antes de separarse; se hicieron mútuos regalos, se cortaron cada una un rizo de cabello, y se despidieron al fin, recibiendo cada una por su parte el primer golpe doloroso: ofrecieron escribirse y se dirigieron la última mirada.

La Chata, lo mismo que Calipso, no podía consolarse de la partida de Ulises; pero Amalia que se veía libre, recibía á cada paso las más halagüeñas impresiones, y bien pronto entró en un mundo nuevo para ella, y en el que todos los objetos que la rodeaban tenían un encanto particular.

No es nuestro ánimo seguir paso á paso la juventud de Amalia, pues conviene al

interés de nuestro relato guardar cierto misterio acerca de lo que á esta joven le pasó en Oaxaca, de donde como sabe ya el lector, vino á México en el polvo de la revolución y en los brazos de Sánchez; de manera que volvemos á anudar el hilo de esta historia en el momento en que la Chata y Amalia después de haberse dejado de ver algunos años han vuelto á ser las amigas de colegio.





CAPÍTULO IV.

EMPIEZAN Á PREPARARSE LAS BORRASCAS DEL CORAZÓN, EN UNA DANZA.

A Chata acabó de decir á Amalia cuanto al caso venía referente á Ricardo, el jóven por quien tanto se interesaba.

—Ya convendrás en que es necesario, decía Amalia, que le dé á ese joven una cumplida satisfacción, pues en ningún caso desearía yo pasar por una persona de mala sociedad.

—Es cierto, pero...

—¿Otra vez peros?

—¡Qué quieres! siempre he creído que Ricardo es un hombre peligroso.

—¿Y no sabes también que yo soy una mujer discreta, una persona prudente, una mujer de mundo?

—Todo eso está muy bueno, y no te niego tus prendas; pero esto va á complicarse.

—Sea lo que fuere, es indispensable que ese joven venga.

—Supuesto que así lo quieres, sea; pero me lavo las manos; tuya será la responsabilidad.

—La acepto.

—Pues no pierdas tiempo; Sánchez no viene hoy á comer.

—¿No?

—Está de Tívoli con los diputados, y ya sabes que en casos semejantes..

—Sí, ya sé; viene á la una de la noche, si acaso.

—Por lo mismo apresúrate.

—¡Amalia...! dijo todavía la Chata en tono suplicante.

Amalia hizo uso de su más expresivo gesto de enfado, y la Chata salió de la sala.

Cuando Amalia estuvo sola, se levantó de su asiento; se animó su semblante como al influjo de una felicidad desconocida; se paró frente á un espejo, y se contempló por largo tiempo.

Fué estudiando uno á uno, estos pequeños detalles, que son como los pétalos, los pistilos y los estambres de la flor de la hermosura; ni un solo fístol se había descompuesto; todo permanecía en su lugar y cumpliendo fielmente su misión; el cold-cream había refrescado el cútis en todo el transcurso de la noche, y las pequeñas huellas del tiempo, esas incisiones en forma de líneas que empiezan á dibujar al viejo, esas pérfidas sinuosidades que el de la guadaña hace como con las uñas en el rostro de la más dura de las matronas, estaban robando á la grasa, á las preparaciones del tocador, las moléculas milagrosas que saben prestar una vida ficticia, galvánica á las epidermis marchitas.

Los profusos rizos que sombreaban la frente de Amalia, no habían perdido el brillo grasoso; también aquellos cabellos muertos, sin sávia y sin calor, estaban prestando su servicio póstumo, volviéndose á agrupar en graciosas ondulaciones; solo que en vez de sentir en sus tubos correr sus jugos propios, y que ahora conservaban secos en su modificación, estaban también disfrazados de vivos, con una máscara de pomada de heliotropo, y cumpliendo con el deber de hacer soñar al hombre, de hacerlo sonreír, de atraerlo hacia la portadora de esos restos mortuorios.

El corsé, un magnífico corsé de madama Favre, había trazado, como con la varilla mágica de la estética, las líneas clásicas del seno turgente; y debajo de esa encantadora ondulación, apuntalada con barbas de cetáceo, se dibujaba la curva entrante á espensas de la presión de las costillas falsas, y de una transformación anatómica interior, verdadera tiranía de la mujer contra su propio organismo, culto tormento del refinamiento

y de la inflexible ley de la escultura clásica.

Y no se crea que Amalia, en cuya conciencia podrían caber muy bien las anteriores apreciaciones, era la víctima resignada de sus tormentos, no; Amalia estaba triunfante, resolviendo satisfactoriamente el problema de las apariencias; Amalia confundiendo lo que le pertenecía con lo que debía pertenecerle, se engañaba á sí misma con una facilidad de que solo es capaz una mujer; estaba de acuerdo con sus propias correcciones y sin esfuerzo aceptaba aquella segunda naturaleza, merced al precioso recurso del refinamiento.

Amalia, atrapando con artificiosas redes á la juventud que huía, á la juventud que la había abandonado ya, se engalanaba con los laureles de su triunfo; un «*todavía*» pendiente de sus lábios pintados con carmín, la impulsaba á formar, aunque de las últimas, en las filas de la juventud loca que va corriendo tras de los placeres.

Dió un giro en escorzo para ver en el es-

pejo la parte que de su falda dejaba arras-trando; y recorriendo con la vista esa línea oblicua y ondulada que traza una mujer desde la alfombra hasta la flor que se sembró en el *crepé* de su copete, Amalia se encontró irreprochable y se puso contenta de sí misma.

Después, y como el general que se ase-gura una vez más de las municiones de re-serva, se levantó la falda para verse los piés.

Estos estaban calzados con unas preciosas botas de cabritilla abronzada, cerradas con pequeños botones de pasta y terminando en dos graciosas borlas que, suspendidas, jugueteaban á cada movimiento.

La estatura de Amalia era favorecida en cuatro centímetros, merced á los tacones sobre los cuales anda hoy la mujer en este mundo, puesta de puntillas para que la vean mejor.

Las flores de la categoría de Amalia, son verdaderas flores de salón, que viven en su invernáculo: nunca las busqueis en las ha-

ciendas ordinarias y groseras, nunca creais hallarlas de día sinó al través de un velito de punto ó bajo un sombrerito que les cubre la frente y les sombrea los ojos; nunca pretendais analizarlas á la luz del sol, porque son flores crepusculares y nocturnas.

Buscadlas de día iluminadas por un rayo de luz, que se ha tomado la molestia de pasar un cristal, dos cortinas de musolina y un *transparente*; buscadlas donde haya gas hidrógeno y allí contempladlas á vuestro sabor; allí es donde os invitamos á comulgar con ruedas de molino; allí es donde desafiamos vuestra penetración y vuestra impresionabilidad; allí es donde el enemigo está en su terreno y donde os provoca y os ve de frente, como los pintos en el Sur, como los serranos.

Allí es donde conoció Ricardo á Amalia: en un baile; más todavía, bailando; más aún, bailando una danza.....

La danza ha llegado á la categoría de salvoconducto, ya se le considere como transacción ó como simple entretenimiento.

Bailando con Amalia fué cuando Ricardo experimentó el primer síntoma.

Hay un aroma de moda que se llama:
Ilang-Ilang.

Este aspiró Ricardo.

Hay más.

A Ricardo le pareció muy ligera Amalia.
Se lo dijo.

Amalia seguía bailando sobre las puntas de los piés, los cuales parecían dos pichones blancos que pisoteaban las flores de la alfombra.

Tenemos idea de que esto de los pichones, á propósito de los piés, lo ha dicho José María Ramirez.

No le hace; prohijamos la imagen y la acariciamos.

Amalia bailaba perfectamente.

Ya hemos dicho en otra parte que en este mundo, armónico por excelencia, la música tiene un prestigio sobrenatural y presta importantísimos servicios al niño de la aljaba.

La vibración de los sonidos establece, no

hay duda, relaciones misteriosas y de un género íntimo con las vibraciones nerviosas: ¡he aquí una armonía!

El termómetro del corazón no es tan sensible al calor como á la música: ¡armonía!

El amor estático se desarrolla como los árboles, á grandes periodos: muévasele como el boticario que emulciona un droga; póngase en movimiento acompasado á un novio y resultará la ebullición.

Hay más: trasladad á la mujer del tocador al salón, en donde hay un indiferente que... que está allí; contad con que en la primera mirada va ese fluído magnético que se llama simpatía; entonces la mujer y el hombre, después de verse se miran, después se observan y después se estudian.

A este punto resuenan las notas subversivas de una danza: el hombre en virtud de una dulce transacción social muy aceptable, se atreve á pretender de la mujer todo esto de buenas á primeras:

—Señora, voy á permitirme rodear la flexible y encantadora cintura de usted con

mi brazo derecho; á tomar en mi mano izquierda, la manecita de usted; á colocarme tan estrechamente que pueda beber su aliento embalsamado, y percibir qué clase de pastillas usa usted para aromatizar el aire que sale de sus pulmones; no será extraño que mis patillas, que como usted ve, las llevo peinadas á la Maximiliano, toquen la delicada epidérmis de usted y le hagan cosquillas: en una palabra, el destino tiene la bondad de ponernos *vis á vis* en el primer momento de encontrarnos en este valle, que no tengo motivos para llamar de dolores, como algunos quejosos.

Todo esto traducido en idioma de salón, se dice así:

—¿Tiene usted la bondad de bailar conmigo esta danza?

Con esta traducción la cosa cambia completamente; y la señora se abandona bondadosamente en brazos del caballero.

Todo esto, ni más ni menos, le sucedió á Amalia y á Ricardo.

Una vez colocado Ricardo en tan venta-

josa posición, en la posición que hemos procurado describir, le quedaba aún espedito el uso de la palabra; esa preciosa prerogativa del hombre, y no así como quiera, no la palabra parlamentaria, ni la palabra común y corriente; sino las *palabritas*, que entre todas las que dice el hombre, son las que mejor le salen.

¡Hé aquí un momento indemnizador! ¡he aquí el oasis de las palabras-prosa, de las muchas palabras-paja, de las palabras-desierto! ¡hé aquí la enhorabuena de haber venido al mundo!

¡Oh bienhadado predicamento! ¡oh dicha! ¡oh expansión! Todo se da de barato en el tal valle de lágrimas, con tal de llegar á esto:

¡A decir *palabritas*!

Ricardo estaba en esta envidiable posición.

Cerca, muy cerca de la orejita de Amalia estaba la boca de Ricardo.

Los nervios de la lengua de éste, estaban experimentando una inquietud desesperan-

te. ¿Cómo no hablar y cómo hablar en tal situación otra cosa que palabritas?

—¡Que bien baila usted! dijo Ricardo.

—No señor.....

—¡Divinamente! Es usted ligerísima.

De vez en cuando y de una manera fugaz, se mezclaban á los acentos de la danza algunas palabras que no contentas con recrear el oído de Amalia, se pasaban á lo largo exponiéndose á que las atrapara algun concurrente. Estas palabras, en su carácter de *palabritas*, no dejaban lugar á duda, una vez casi todas las que pudimos oir eran adjetivos sustantivados, como por ejemplo:

¡Divina! ¡linda! ¡encantadora!

En el capítulo siguiente, veremos el estrago de estas *palabritas*.





CAPÍTULO V.

AMALIA, COMO LOS
GENERALES, DA LA PRIMERA ACCIÓN
QUE SE LLAMA «RECONO-
CIMIENTO.»



AMALIA, calculando el grado de penumbra que era conveniente para mostrar sus atractivos, corrió los transparentes de los balcones y se sentó á esperar.

Al cabo de una hora se presentaron en la sala la Chata y Ricardo.

Amalia se levantó de su asiento para recibir al recién llegado.

—Señora, dijo Ricardo saludando, vengo á ponerme nuevamente á las órdenes de usted, y sería muy feliz si en algo pudiera serle util.

—Confieso, contestó Amalia, que mi conducta acerca de usted requiere una explicación, y voy á darla, pues en ningún caso quisiera aparecer como una persona ligera é imprudente.

—¡Malo! pensó Ricardo.

—En el último baile, continuó Amalia, he tenido necesidad de ser desatenta.

—No comprendo.

—He cometido una falta.

—¿Una falta?

—Aunque involuntaria.

—Pero señora, yo no sé qué falta....

—Es usted muy bondadoso, supuesto que la olvida.

—Si la he olvidado, esa falta no puede ser grave.

—Sin embargo, voy á darle á usted una explicación, porque yo soy muy franca.

—Señora, insisto en que cualquier falta

que usted haya podido cometer, debe olvidarse con solo que usted tenga la intención de satisfacerme.

—¿Rehusa usted mis explicaciones?

—Es que no estoy ofendido.

—Pero usted debe haberme calificado mal, y eso es grave, y como comprenderá usted, tengo el deber de desvanecer esa calificación.

—¿Calificar á usted desfavorablemente? no en mis días, muy al contrario, yo he sido el culpable, yo que me he permitido.....

—¿Se refiere usted á la danza?

—Sí.

—Ya hablaremos de eso, pues lo primero es vindicarme si usted me lo permite.

—En ese caso.....

Ricardo hizo un movimiento que indicaba que se resignaba á oír, y Amalia cambiando de actitud continuó:

—Soy de Oaxaca; y aunque vine muy niña á educarme en el Colegio de las Vizcaínas, he residido constantemente en mi país natal. Yo soy una mujer.....

Ricardo se acercó un poco.

—Yo soy una mujer, continuó Amalia, muy franca y usted me inspira una confianza suma.

—¡Amalia!.... exclamó Ricardo permitiéndose por la primera vez la familiaridad de llamar á Amalia por su nombre.

—Sánchez, como deberá usted saber, no es mi marido.

—¡Ah! exclamó Ricardo como si hubiera acertado un albur.

—¿No lo sabía usted?

Ricardo se tardó para contestar y pronunció «sí» con el mismo acento con que hubiera dicho «*no sabía una palabra.*»

—Por otra parte, continuó Amalia, usted que es hombre de penetración y de mundo.....

Ricardo se permitió la coquetería de recoger esa flor con una sonrisa.

—Habrà comprendido, agregó Amalia, que entre Sánchez y yo....

—¡Ah! por de contado, hay una distancia.... Si verdaderamente no se comprende

cómo una mujer de los atractivos, del mérito, de la hermosura de usted haya podido unirse á un hombre que..... el señor Sánchez es una persona muy apreciable, yo nada digo, pero su educación, sus principios, su carácter.....

—Considéreme usted, Ricardo.

Amalia inclinó la cabeza dejando que Ricardo diera rienda suelta á su imaginación y considerara á Amalia muy desgraciada.

—Pues bien, continuó, ya podrá usted figurarse el género de vida á que estoy sujeta, porque además Sánchez es celoso.

—¡Tá! ¡tá! ¡tá! ¿Celoso? ¿Con que es celoso el señor Sánchez?

—¡Qué dice usted qué atrocidad!

—Ya se vé, conocerse á sí mismo.....

--Eso.

—¿Conque se encela?

—Sí.

—¿Y de quién? ¿se puede saber?

—De usted.

—¿De mí? ¡Santo Dios! ¿De mí cuando....

—Todo por la danza aquella.

—Oiga usted, Amalia, ¡qué danza! Creerá usted que la he mandado á buscár por todas partes?

—¿Y para qué?

—Para guardarla como un recuerdo del rato más delicioso de mi vida.

—Vamos, vamos, Ricardo, dijo Amalia reconviendo con una sonrisa cariñosa, no vaya usted á dar un fundamento sólido á los celos de Sánchez.

—Tendría razón.

—¡Ah! pues yo no quiero que Sanchez tenga razón.

—¿No?

—Sobre que ese es mi sistema.

—Ya se vé, es muy posible que nunca la tenga; y decididamente el talento está de parte de usted.

—No diga usted eso, y si me considera superior á Sánchez, eso no me envanece, porque es bien fácil ser superior á un tonto.

Por supuesto que cuando la conversación llegó á este punto, ya la Chata había encon-

trado un loable pretexto para retirarse prudentemente.

—Pues bien, continuó Amalia; la noche del baile, se encoló Sánchez de una manera estrepitosa con el frívolo pretexto de que usted me enamoraba.

—¡Yo!

—Sí, y todo porque platicamos; como si no pudiera uno hablar con nadie en sociedad, ¿pues á donde íbamos á parar?

—Sobre todo cuando la conversación es el pasto del alma.

—Y que lo que nosotros hablamos.....

—Es cierto que yo me permití decir á usted....

—Usted es un hombre galante que tiene talento para decir flores á las señoras, pero eso nada tiene de reprochable, al contrario.

—¿No es verdad? ¿qué hombre....

—Ni ¿qué señora.... Pues bien, dió y tomó Sánchez que usted me hacía el amor, y sin permitirme despedirme de nadie, me dió mi abrigo y desaparecimos, y yo me quedé con la horrible pena de dejar á usted

pendiente para la segunda danza, sin darle á usted una explicación de mi conducta.

—¿Y ha tenido usted la bondad....

—De rogarle á la Chata, que es tan buena amiga mía, que suplicara á usted....

—He sido el objeto de una fineza por parte de usted, que no olvidaré en mi vida; y ya que por la amabilidad de usted puedo contarme en el número de sus amigos, ¿me será lícito preguntarle á usted si la cosa paró en ese disgusto?

—No, Ricardo. Figúrese usted que yo me salí del baile.... ya puede usted figurarse como me saldría, pero eso sí, se lo puse á usted de oro y azul.

—¿Al señor Sánchez?

—Sí, le dije que ese sistema bárbaro de encelarse por quitarme ahí esas pajas, iba á dar un resultado funesto; le dije que ya estaba cansada de tolerarle esos arranques propios de los hombres sin cultura y sin sociedad, y le hice ver, en fin, los peligros á que se expone un hombre imprudente y celoso hasta el ridículo.

—¡Ah! eso es horrible!

—Y ¿cree usted que se convenció? ¿que ha cambiado? no señor, al contrario, muy al contrario desde esa noche no nos damos ni los buenos días.

—¡Amalia! dijo Ricardo con entusiasmo; si cuando la consideraba á usted feliz me pareció usted tan interesante, ahora que sé que es usted desgraciada no tengo palabras con que expresarle la profunda impresión que hace usted en mí.

—Ricardo..... gracias.

El amor había logrado ya unir á todos los encantos de la pasada danza, todos los atractivos de las situaciones difíciles.

A los veinticinco años una situación dramática en pleno día, tiene un encanto al que nunca se resiste la juventud. Desde el momento en que Ricardo comprendió que era actor de un drama de amor, se reveló en su interior todo lo que el hombre tiene de cómico, de audaz y de atrevido; se consideró el paladín de Amalia, le pareció que su honor de caballero lo colocaba en la estrecha

necesidad de amparar á la desgracia oprimida, de redimir á la esclava de su deber, de sacrificarse por aquella beldad romántica que tenía arranques de franqueza y golpes de efecto.

La vanidad cooperó no poco á que Ricardo se entregara maniatado á su instigadora, cuyas imprudencias eran ya para Ricardo otras tantas pruebas de un temple de alma sublime y de no sabemos cuantas otras virtudes relevantes.





CAPÍTULO VI.

I. LA CASA DE SÁNCHEZ.

EL lector no conoce de la casa de Sánchez, más que el tocador de Amalia y la sala.

Le invitamos á pasar adelante.

En la asistencia, que es una pieza alfombrada y en la que á pesar de lo costoso de algunos muebles, reina cierto desórden y desaseo, estaba instalada hacía dos horas una verdadera tertulia.

En un sillón verde estaba don Aristeo.

Don Aristeo era un hombrecito de edad dudosa aunque podría tener cincuenta años; era magro, de pelo negro entrecano, grue-

sas cejas y mirada huraña; tenía los ojos constantemente ribeteados por una línea roja y los lagrimales espaciosos y rubicundos; estaba envuelto en una capa parda y paseaba sus miradas alternativamente sobre cada uno de los personajes que iban tomando la palabra.

Don Aristeo era compadre de Sánchez.

—¡Pobre de mi hermano! decía doña Felipa, mujer entrada en edad, trigueña y un tanto estenuada por una tos que padecía; pobrecito! ya no es posible ver lo que se sacrifica; el hombre trabaja, el hombre se afana, el hombre está pendiente de todo y de todos con una asiduidad y con una constancia ejemplares.

—Es una presea el señor de Sánchez, dijo una anciana con voz de sochantre; si no fuera porque es un poco hereje yo lo querría más.

—¡Cómo hereje! dijo doña Felipa, usted llama hereje á todos los hombres ilustrados, á todos los que no participan de las preocupaciones de usted.

—¡Ave María Purísima! Felipita, si comenzamos hablar de política, resulta lo del otro día.

—Eso no es política.

—No será, pero como es usted *pura* definiendo usted todas esas cosas.

—Yo no soy pura, soy liberal, porque soy ilustrada y á mucha honra lo tengo, replicó doña Felipa haciendo dos contorsiones.

—Que lo diga el señor don Aristeo que es hombre docto, insistió la vieja chocolatera.

—Ya sabe usted, mi señora doña Anita, contestó don Aristeo, que no me gusta meterme en cuestiones de ese carácter; yo soy el primero en lamentar los extravíos de la impiedad y de la reforma, y acá á mis solas y por evitarme de controversias tengo muy presente en mis oraciones á todas las almas descarriadas por cuya salvación ruego á Dios Nuestro Señor todos los días.

—Quiere decir que usted también cree que el pobrecito de mi hermano es hereje!

—Mi estimado compadre y amigo, su hermano de usted, es una persona para mí sagrada porque basta que le coma el pan para que yo tenga el deber de respetarlo; pero no obstante, ya algunas veces le he predicado, en descargo de mi conciencia; mi compadre es un bello sujeto y siento en el alma que esté contaminado con las ideas nuevas; estas ideas, mi señora doña Anita, que han perdido y están perdiendo tantas almas.

—Eso, eso, señor don Aristeo, las ideas; Felipita tiene esas ideas y por eso se incomoda cuando le digo pura.

—Ya he dicho que no soy pura sino liberal, y que una cosa es que uno tenga ideas de ilustración y otra que sea hereje como se permite llamarme la señora doña Anita, persona que no porque peina canas está autorizada para tratarme así.

—Lo siento mucho, Felipita, pero es cierto; y si no vamos á ver: ¿usted dónde oye misa? ¿á que no me lo dice usted, mi alma?

--Oiré misa donde me dé la gana; yo no

soy hipócrita ni necesito hacer alarde de devota ni probarle á nadie lo que creo.

—¡Qué tal! gruñó doña Anita, ¡qué tal! ya salió cierto, no lo dije? está usted excomulgada, y como que sí.

—¿Yo excomulgada? mire usted, señora doña Anita, que tengo muy mal genio, y en tocándome las generales y sobre todo á cosas de conciencia, no veo pelo ni tamaño y....

—Adios, dijo la vieja, me va á comer.

—¿Qué sucede? gritó un pollo en mangas de camisa que se estaba poniendo la corbata, ¿quién grita aquí, quién alborota? quien había de ser, tía Anita; siempre que viene hay una camorra y en presencia de don Aristeo; contenga usted á esa gente, respetable señor.

—Yo no me mezclo en esos asuntos, son cuestiones muy delicadas sobretodo tratándose de señoras.

—Me alegro que te descolen, dijo la vieja chocolatera: los niños tampoco deben meterse en esas cosas.

—¿Quién le ha dicho á usted que no? los niños de hoy sabemos más que todas ustedes las octogenarias, apergaminadas y ridículas; y siempre que usted, tía Anita, venga á alborotar mi casa, ha de oír mi lengua.

—¡Cállate, maldiciente, herejote!

—Y usted, harpía, rata de sacristía, Madre Celestina: deme usted un polvito, Madre Celestina; usted debe reducirse á rezar su rosario y dejarnos á nosotros en libertad de hablar y de discurrir según el espíritu de la época.

—El espíritu corrompido de la época.

—Que no es la de usted, sino la de los libres pensadores.

—Eso eres tú, tú eres libre pensador.

—Sí, á mucha honra lo tengo, porque soy un hombre libre.

—Un libertino querrás decir, Dios me libre de tí! tú sí que estás excomulgado, hereje; no tengo más consuelo sino que allá abajo, en el purito infierno, es en donde vas á recojer el fruto de tus libertades y sus ilustraciones.



D. ARISTEO.



—El infierno salió borrego tía Anita, ya no existe más que para las viejas como usted que son las únicas dignas de permanecer en la tierra caliente por toda la eternidad.

—Ya quisieras ser tan buena cristiana como yo.

—Vamos, vamos, que se acabe la disputa, señora, dijo D. Aristeo con aire de suficiencia y conociendo que la cuestión tomaba un carácter alarmante.

Reinó de pronto el más profundo silencio.

Las escenas de esta clase, se repetían con frecuencia en la casa de Sánchez; y como quiera que lo que allí pasaba reconocía cierto origen que importa á todos conocer, procuraremos dar más detalles acerca de la formación de aquella colonia doméstica, que buenamente se daba á conocer con el nombre de la familia de Sánchez.

Sea Sánchez el tronco, y examinémosle.

Sánchez como hemos dicho ya, era un personaje nuevo, fruto maduro del *anden y ténganse* de nuestras cosas, resultado inmediato del torbellino revolucionario. Sán-

chez, oscuro, pobre é ignorante, hubiera muerto en su pueblo llorado por unas cuantas buenas gentes.

Pero dióle por cursar la ciencia política con el tendero de su pueblo, que recibía algunos periódicos de México; fué amigo del prefecto, y como tal tuvo que ver, primero con la Junta patriótica, después con el Ayuntamiento, luego con la Junta de instrucción pública; y poco á poco Sánchez, el oscuro Sánchez, se fué haciendo persona; no aprendió la política ni la historia, ni en otros libros, sino de oídas con los que hacen la política, que son los verdaderos maestros.

En poco tiempo ya Sánchez sabía que la política eleva á los hombres.

Que en política, el fin justifica los medios.

Que se debe trabajar para sí propio, haciendo creer que se trabaja por los demás.

Que en política, todos son escalones.

Que es necesario tener mucho cuidado con el patriotismo, porque éste suele, si es bueno, ser un ingrediente que destruye las más sólidas bases de cierta política.

Que también es necesario tener mucho cuidado con el corazón, porque los políticos no deben tenerlo.

Que por las circunstancias climatéricas y de otro género del país, la fuerza de inercia es una de las fuerzas más provechosas, como se sepa manejar, etc, etc.

Cuando Sánchez supo todo esto, fué ya político y aún se lanzó al editorial con brío y con fé, para ceñirse el doble laurel del periodista.

Sánchez era ya presentado á las notabilidades revolucionarias como político y como periodista, todo lo cual le permitió hincar un diente en la ley de 25 de Junio, volviéndose propietario.

Se adjudicó iglesias, cementerios, casas, solares, coros, sacristías, ranchos y capitales.

Sánchez, en esa época feliz de la desamortización, no necesitó más que abrir la boca para decir en papel sellado: *esto es mio*.

No se necesitaba más. Cierto es que la

ley había tenido la honradez de decir *vendido*; pero los compradores sabían mejor que la ley dónde les apretaba el zapato, y compraban con todos los requisitos legales, suprimiendo la insignificante formalidad de entregar el dinero.

Sánchez aprendió á hacer fortuna como había aprendido á hacer política: de una manera expeditiva y sin complicación ni grandes cálculos.

Cuando Sánchez tuvo un papel en la mano, en el que la ley lo investía con el carácter de presunto dueño, Sánchez haciendo poco caso del *presunto*, vendió lo que no podía comprar, porque no tenía con qué.

Y resolviendo con facilidad el difícil problema de vender lo que no había comprado, encontró la piedra filosofal.

Por supuesto, que una vez en posesión de esta piedra rara, Sánchez fué otra cosa.

El dinero hizo como siempre su transformación; le dió á Sánchez ese tinte que sin tener color puede llamarse dorado, y Sánchez comenzó á ser un sujeto muy apreciable.

Como todo le cogía en deseo, se emborrachó seguido con Champagne, se mandó hacer mucha ropa, compró muchas cadenas de reloj y muchos brillantes, comió mucho hasta engordar y se volvió pulcro de la noche á la mañana.

No pudo tolerar una camisa de dos días, y se admiró en su interior de haber podido vivir treinta años sin calcetines.

Al poco tiempo, Sánchez se olvidó de su pasado. ¡Ingrato!

Una de las cosas que se le avivó á Sánchez con la opulencia fué el amor; de pacífico se tornó en ardiente, y también se admiró de cómo había podido amar á lo pobre.

Sánchez tuvo muchos amigos y muchas amigas, pero entre todas Amalia se llevó la palma y fué por lo que Sánchez se llevó á Amalia.

Como Sánchez no era fuerte en materia de leyes ni de política, ni mucho menos en cánones, pues como hemos visto estudió en la tienda del pueblo todo lo que sabía, resultó casado por el mismo procedimiento

expeditivo por el que había resultado rico; no encontrando inconveniente en que así como había suprimido el dinero para comprar podía suprimir la bendición para casarse, y así como había vendido antes de comprar, bien podía llevarse á su mujer antes de casarse con ella.

En todos casos Sánchez iba siempre á su fin por el camino más corto, y este sistema le había probado perfectamente.

Tal era Sánchez.

Siempre fué solo; pero desde que enriqueció, tuvo, no una familia sino una colonia doméstica, que dará todavía materia á nuestras habladurías.

Hablaremos de don Aristeo.

Don Aristeo era el *ad reventaudum* de Sánchez. Nótese que todos los personajes, especialmente de los acabados de hacer, tienen un don Aristeo.

Don Aristeo conoció pobre á Sánchez. Don Aristeo había emprendido la carrera eclesiástica; pero las leyes de reforma aguaron sus proyectos santos, y se quedó

sabiendo más de sacerdote que de se-
glar.

Con motivo de las leyes de reforma, don Aristeo se dedicó al estudio de las grandes cuestiones que se suscitaron entonces, y aún se permitió dar á la prensa, aunque no con su nombre, algunos largos opúsculos combatiendo el matrimonio civil, la libertad de cultos, la independencia de la Iglesia y el Estado, y otros varios asuntos de no menos importancia.

Estos estudios le dieron cierto valimiento con el clero herido, y fué don Aristeo objeto de señaladas distinciones por parte de algunos doctos señores de la Iglesia Católica.

Prestose don Aristeo á administrar ciertos bienes ocultos de acuerdo con Sánchez, bienes sustraídos á la rapacidad de la ley de marras, y que aún permanecen ayudando al culto, aunque bien seguros ya de los famélicos adjudicatarios.

Don Aristeo, como se vé, profesaba ideas diametralmente opuestas á las de Sánchez:

pero Sánchez era su compadre y le debía tantos favores, que los dos compadres llevaban algunos años de dar el espectáculo de una rata y un gato en la misma jaula.





CAPÍTULO VII.

CONTINÚA EL ELENCO DE LA FAMILIA
DE SÁNCHEZ.

LA hermana de Sánchez, doña Felipa, no había visto á su hermano en quince años, porque Sánchez no creyó necesario tener hermana siendo pobre; de manera que cuando enriqueció buscó á la pobre de Felipa, la cual estaba al servicio de unas señoras muy devotas y muy buenas.

Doña Felipa era más fea que su hermano y á pesar de todo fué insuficiente esa segunda mano que había trasformado á Sánchez.

Doña Felipa siguió siendo fea é inculta: pero al saber que venía á Mexico, y como por otra parte había ya cobrado mucho cariño á Sánchez, se dejó civilizar por éste.

De manera que, á lo mucho que D.^a Felipa sabía en materia de retroceso y preocupaciones, se agregaba el conocimiento de todo lo que Sánchez le había enseñado, y resultaba una enciclopedia de barbaridades, solo atesorables en una entidad anfibia como doña Felipa.

Doña Felipa en su calidad de fea de solemnidad, había apechugado rabiando con su estado honesto. Quedarse; hé aquí un *gregorito* reservado por la suerte en la naturaleza, entre todas las hembras, solo á la mujer.

La mujer es la única que *se queda*

Estas que se quedan, en cambio nunca se quedan por cortas, y por medio de una lenta sucesión de desengaños, asumen su soberanía en la lengua; y hacen muy bien, al menos atendiendo al sistema de las compen-

saciones, porque el mundo que nada perdona el muy pícaro, les llama á voz en cuello doncellas recalcitrantes y les prodiga otra porción de epítetos, no menos provocativos y venenosos.

Antes las feas se quedaban para vestir santos; pero ahora que no hay santos que vestir, se quedan para todo lo que se ofrece.

Doña Felipa se había quedado para alborotar, para discutir, para regañar, para burlarse de todo, para matarse lentamente con su propia bilis.

Tal era doña Felipa.

El pollo que se ponía la corbata, le llamaba á Sánchez su tío, y no sabía por qué, ni nosotros tampoco; pero como esto de los parentescos se pone cada día más intrincado, no nos atrevemos á sacar de rastro la consanguinidad del pollo con Sánchez; y á nuestra vez nos conformamos con que sea sobrino en uso ó no de todos sus derechos.

El pollo se llamaba Julio, y era el que más pronto había recibido el tinte dorado de que hemos hablado. Julio era ya un po-

llo elegante. Por supuesto, era empleado, porque esto de las oficinas es el maná más propicio de la patria.

No sepa usted hacer nada, no tenga usted oficio ni beneficio, no tenga usted patrimonio ni porvenir, y estará usted sentenciado por el orden natural de las cosas á morir de hambre; pero para estos casos tiene la madre patria el maná de los destinos públicos, y de sentenciado se convertirá usted en persona decente.

Julio tenía todo esto encima, quiere decir: su inutilidad, su ignorancia, su pobreza, su oscuridad y su insuficiencia; era, en fin, un legítimo desheredado de la suerte, del talento y de la instrucción; pero era sobrino de Sánchez.

El día en que averiguó este parentesco, se volvió loco de contento, y cifró en Sánchez todas sus esperanzas.

Como Sánchez era ya personaje que tenía amistad con los ministros, y con el presidente y con muchos hombres de pro, pudo sin dificultad colocar á su sobrino.

El sobrino colocado contempló con placer su propia transformación, y llegó para él el día glorioso de exhibirse por esas calles ataviado y pulcro y elegante como un príncipe heredero.

Aprendió á ser cócora de los títeres y á hacer el oso, á blasfemar y á ser lo más estúpidamente sentencioso que se conoce.

Este era Julio, miembro constituyente de la familia de Sánchez.

La Chata formaba también parte del *elenco*, pero de *voló*, quiere decir, comía allí muchas veces, dormía otras ó se trasladaba á la casa por temporadas.

La Chata tenía su historia y seguía siendo mocha, pero vergonzante.

Estando en el Colegio de las Vizcaínas, á donde la dejó Amalia, acertó á salir algunos años después para vivir con sus parientes.

La conoció un señor vestido de negro, y quién sabe por qué se acordó tanto la Chata de la conversación aquella que había tenido con Amalia respecto del casamiento de la muñeca Rosa.

Tanto se acordó la Chata de esta conversación, que el del vestido negro se lo conoció.

Naturalmente aquel señor no estaba desprovisto de curiosidad y empezó á hacerle preguntas á la Chata, hasta que le refrescó las especies.

La Chata entró en detalles, y como en el colegio, pasó de la muñeca á su persona; y una vez personalizada la cuestión se casó la Chata con el señor del vestido negro.

Ese día se acordó mucho la Chata de Amalia y de la muñeca.

No había acabado la luna de miel, cuando el del vestido negro hizo un viaje.

No volvió.

Por vía de codicilo supo la Chata un día que aquel señor de la luna de miel era casado.

Y la Chata se quedó en el aire.

Desde entonces no tuvo residencia fija: unas veces desaparecía por varios meses; otras no se veía otra cosa por todas partes más que á la Chata; unas veces vivía con

unas amigas y otras con otras; la conocían en todos los cajones de ropa, donde también la conocían con el nombre de la Chata.

Entraba al *Sol*.

—Ahí está la Chata, decía un dependiente.

—Buenos días, Chata, ¡qué milagro!

—Ha de estar usted, contestaba la Chata, que las muchachas N*** van á la tamalada.

—¿A la de las R.....?

—Sí, las convidaron los Bustos.

—¡Ah! y.....

—Van todas de blanco.

—Y usted, como siempre, va á disponer los trajes; bien, muy bien, como tiene usted tan buen gusto!... Voy á enseñarle á usted unas musolinas de la India que acabamos de recibir.

—¿Muy caras?

—No, criatura, qué caras, si son regaladas; llegaron antes de ayer y se están acabando, son riquísimas.

—A ver.

Ya otro dependiente había colocado sobre el mostrador los bultos.

—Vea usted qué tela, Chata, de esto no ha venido nunca á México; hecho el vestido queda primoroso; generalmente los hacen encañonados.

La Chata se decide por la musolina, hace sus cuentas, no le alcanza el dinero, da lo que lleva, le apuntan el déficit á su cuenta corriente y le regalan un retazo de gró, dos cajas vacías, un rollo de cintas y un abrigo de brin del tercio de las musolinas.

La Chata le dá la mano á todos los dependientes, recoge tres ó cuatro flores y carga con la encomienda.

La Chata era muy útil, iba á los bailes y bailaba bien; tenía en las uñas las historias íntimas de todas sus amigas que eran muchas; la convidaban al teatro y al paseo y tenía semanas en las que sus costumbres eran enteramente aristocráticas, porque se las pasaba en casa de las B*** ó de las H***; era muy inteligente en comprar, tenía buen gusto, leía la *Moda Elegante*, y

sabía hacer todas esas curiosidades de manos, tan inútiles como costosas, y que son el gran asunto de las señoras ricas que no se han emancipado completamente de la aguja.

Tenía á la sazón la Chata el compromiso de ayudar á unas amigas á acabar una cartera de cuentas, con otras emprender un cojín bordado en canevá, con otra amiga bordar una gorra griega y con una novia unas pantuflas.

La Chata hacía muy buenos dulces y los hacía de encargo.

A la Chata se le podía encargar un plátón de cocada, unos cubiletes de almendra, unas peras en pasta de almendra, unas quesadillas de Guatemala ó cualquiera cuelga.

Llegaba la Chata á una casa y un momento después estaba rodeada de la familia.

—¿Qué se les ofrece, muchachas?

—Qué se nos ha de ofrecer, Chata de mi vida, dice una señora, que el jueves es el día de San Ruperto.

—¿Y qué?

—¡Cómo qué! Chata de mis pecados, ¿ya no te acuerdas de mi padrino el señor canónigo de.....

—¡Ah: sí, ya caigo, ¿y qué quieres que se haga en tan poco tiempo?

—Esa es mi apuración, y luego que no es lo peor el tiempo, sino la bolsa.

—No me digas, si todo el mundo está...

—Pero en fin, aunque sea haciendo un sacrificio.

—¡Pero mujer!

—No hay remedio, toma mis alhajas y me haces favor de llevárselas á Pancho Cendejas, le dices que por un mes nada más y á ver lo más que le sacas.

—Bueno, ¿y qué piensas?

—Comprarle una alba, ya sabes que las hay lindísimas, y le haremos además á mi padrino un platón de huevos reales que le gustan mucho; yo quería regalarle su mollienda de chocolate como todos los años, pero se me vino el tiempo encima y ya no se puede, ¿qué dices?

—Pues voy corriendo.

—¡Ay! Chata de mi vida, sacarás una alma del purgatorio, mira que estoy atribulada.

La Chata se va, compra, vuelve, dirige, corta, dispone, hace el dulce, se queda á dormir, la obsequian, la miman, sirve admirablemente y la quieren todos, porque es buena para todo.

Tiene además Sánchez en su casa, un pobre hombre que se llama Pizarro, que ocupa el lugar medio entre el criado y el amigo.

Pizarro ha sido soldado, pero sin haber pasado de carne de cañón; tiene once heridas y está ya casi inútil, vive con casi todos sus huesos rotos, y un resto de voluntad y de carne le ayudan á seguir cargando su esqueleto roto por este mundo.

Pizarro quiere mucho á Sánchez porque le salvó la vida; lo mandó curar el último día en que á Pizarro lo medio mataron.

Pizarro sanó, y no se volvió á separar de Sánchez. Todos los compañeros de Pizarro eran jefes, todos eran felices, todos eran personajes. Pizarro era una resurrección, un

mueble roto; tenía tantas heridas en la cabeza que no tenía memoria y tartamudeaba; le faltaba una mandíbula y tres dedos; y el pobre Pizarro aún se afanaba rengueando y sonriendo por halagar á Sánchez.

Pizarro cuidaba las armas, porque Sánchez, aunque civil, era hombre de armas; pero no de armas tomar, sino armero.

Como había andado en la revolución tenía pistola de Colt reformada y carabina americana de 14 tiros y puñal.

Nada de esto le había servido nunca á Sánchez para nada, porque no había matado ni moscas, ni había sido necesario tampoco; y había quien creyera que Sánchez no debía tener aquel arsenal.

Amalia se lo había dicho muchas veces. Pero á pesar de todas las observaciones, Sánchez había adoptado la costumbre americana de usar *revólver*.

Sin meternos en si la portación de armas es de caballeros, ni si los de la edad media se hubieran considerado incompletos, como leones sin garras y sin dientes, en caso de

no ir siempre armados; solo procuraremos saber por qué Sánchez no dejaba un momento la pistola.

Las armas las inventó el miedo, y una vez fabricadas las compraron el valor, el coraje, la venganza, el crimen, los celos, la ley y la iglesia.

Todos estos son los *marchantes* de las armas.

A Sánchez le sucedió una cosa apenas hubo quien le diera los primeros grito: tuvo miedo.

El primer sinsabor que Sánchez probó en política lo indujo á comprar pistola.

Sánchez con pistola, se creyó á sí mismo con más lógica; y lo creía de buena fé.

Hay insuficiencias que el hombre se empeña en llenar á toda costa.

El hombre hace daño á otro, y después de hacérselo lo primero en que piensa es en la pena del Talión.

La tal pena es inexorable y durilla, y se nos resiste á todos por la intuición que hay en todo sér racional, de las santas palabras:

«No hagas á otro lo que no quieras para tí.»

Después de hacer el mal encontramos mas fácil ceñirnos una pistola al cinto, que enderezar nuestros pasos.

El revólver no es precisamente la insignia de las conciencias puras.

Estamos muy lejos de negar al *revólver* su lugar en el camino de la industria fabril, ni sus patentes de invención y sus medallas honoríficas, ni lo rehusamos como producto notable de las artes mecánicas, ni como resultado de la civilización y del progreso, ni mucho menos dejaremos de confesar que somos muy felices desde que podemos matar á nuestros semejantes de seis en seis.

De esto á la quijada de burro con que Caín mató á su hermano, va mucha diferencia.





CAPÍTULO VIII.

EN EL QUE SE DA Á CONOCER Á LA
JAMONA DE «SANGRE PURA.»

LA revolución en sus cien mil engendros monstruosos, hace morir sus últimas oleadas en la familia.

En la familia está escrita esa fatídica palabra como el título genérico de muchos volúmenes, que son otras tantas historias de lágrimas.

La revolución nos ha proporcionado, entre muchos, uno de estos tomos que hemos hojeado para dar á conocer al lector nuevos personajes, que en relación y contacto con

los ya conocidos hasta aquí, completan el número de los que nos han de dar hasta el fin la materia de que trataremos en este volumen.

Como la jamona es por ahora el objeto de nuestro estudio, comenzaremos por ella.

La jamona, según hemos dicho ya, tiene perfiles que se escapan, y presenta cambiantes tornasoles como algunas reacciones químicas.

En ese piélagos de dudas y contradicciones que constituye el corazón de la mujer, hay, no obstante, fundamento para asegurar que determinadas causas producen casi con generalidad determinados efectos; y esta circunstancia nos anima á emprender la difícil tarea de señalar algunas, siquiera como aviso anticipado que pueda servir de farol para que no caigan en el precipicio algunas apreciables criaturas.

Vamos á hablar de la señora doña Encarnación N*** persona conocida con otro nombre convencional que la costumbre se ha empeñado en que sea el mismo; quiere

decir, á esta señora le llaman todos *Chona* ó *Chonita*.

Chona es rica, bastante rica; no ha sabido jamás lo que es miseria, ni se la ha podido figurar hasta el momento en que tuvo que ver con una sociedad filantrópica que se llama La Conferencia.

Tiene Chona en la actualidad sus cuarenta y tres calendarios, y tal circunstancia constituye el primero y el más importante de sus secretos íntimos.

Chona es una mujer bien cuidada: la visita Lucio como médico de cabecera hace veinte años, y es tan formal la lucha que Chona ha emprendido desde entonces contra los estragos del tiempo, que se puede decir propiamente que no ha pasado día por ella.

Chona disfruta, además de todas las cualidades de su posición y su patrimonio, de las inmunidades propias á su condición y nacimiento.

Chona en su calidad de mujer de polendas ha sido una de las más encarnizadas



enemigas de la reforma, y sin transigir un solo momento con las ideas del progreso, se encastilla en sus preocupaciones y es implacable en sus odios, para los que encuentra siempre una sanción en su conciencia.

Nació oyendo hablar mal de nuestros gobiernos y de todas nuestras cosas: sus padres, descendientes por ambas líneas de los principales conquistadores, heredaron el odio de aquellos señores contra todas las cosas de México, que nunca vieron como su patria, sino como la colonia arrebatada á sus legítimos dueños por el desbordamiento de las ideas del 93; de manera que Chona, esclava de la tradición y con apego á todo lo viejo, había aprendido á conservar todos sus errores y á aborrecer á quienes no pensaran del mismo modo que ella.

Las ideas nuevas fueron siempre en la casa de Chona consideradas como una verdadera nota infamante.

El portero de la casa era un viejo español mutilado, del regimiento de la Reina, y se apellidaba Santos.

Las personas que visitaban la casa eran, casi sin excepción, todos los ricos que aún conservaban los pergaminos de sus ascendientes, y además las notabilidades eclesiásticas: si contraían algunas nuevas amistades, eran la de algún ministro extranjero ó de algún español que por razón de sus asuntos mercantiles, estuviera ligado con el escritorio de la casa.

La familia tenía casa en Tlalpam, en San Angel y en Tacubaya.

Chona no había sido la hija única: tenía dos hermanos que de muy niños habían sido enviados á educarse á Europa.

Chona, obligada á sentir y á vivir en cierto círculo, se había habituado desde niña más á aborrecer que á amar, porque incessantemente las conversaciones familiares rodaban, por lo general, sobre la antipatía profunda que inspiraban los hombres y las cosas de México.

A los catorce años supo Chona que la persona que le estaba destinada para marido, era uno de sus parientes educado en

Europa, y que estaba próximo á llegar á México.

Chona no había amado á nadie, si se exceptúa una corta temporada en la que uno de sus primos tomó la costumbre de visitarla con frecuencia; pero constantemente vigilada, no llegó nunca á oír de boca del primo una declaración en forma.

Llegó por fin el pariente, su presunto esposo; y como venía rodeado de todo el brillo que un elegante de veintiocho años, é hijo de una familia rica, puede adquirir en París, á Chona no le fué antipático el novio, al grado de que, sin pensarlo siquiera, consintió en el enlace.

En aquel matrimonio se trabajó más en el escritorio que en la iglesia, pues se trataba, sobre todo, de unir dos fortunas que juntas iban á formar en lo de adelante un capital de consideración.

Chona vivió tranquila, pero sin goces: educada en el refinamiento y el lujo, había acabado por habituarse á todas las comodidades que hacían su segunda naturaleza,

sin apreciarlas en lo que valen y sin pensar que había nada más allá de aquella vida en que todo le salía tan bien y tan á medida de su deseo.

El marido de Chona había dejado en París todo lo que á los veintiocho años le quedaba de sentimentalismo y de fé; y gastado hasta la indiferencia, había aceptado su posición de marido y padre de familia, como el segundo período indispensable de la vida, en el que entraba por hacer lo que hacen todos.

A la sazón en que conocemos á Chona ha entrado ya á la edad de la mujer, tiene más de treinta años, período de tiempo que á pesar de la notable hermosura de Chona, ha podido imprimir á su fisonomía no sabemos qué gesto de desdén aristocrático, que la hace de cierta manera interesante.

El marido de Chona tiene un amigo, un amigo íntimo y compañero suyo en su vida parisiense; juntos hicieron allí la campaña contra su propio corazón, contra su resistencia y contra su fé.

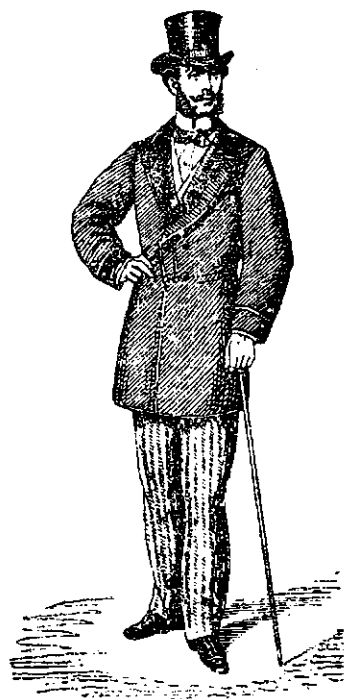
Este jóven se llamaba Salvador, era de

Buenos-Aires y pertenecía á una familia rica de comerciantes.

A Salvador lo habían mandado sus padres á París para que se educara, y Salvador sabía efectivamente á su llegada á México, todo lo que hacen los estudiantes: conocía prácticamente, y con intimidad, la vida del barrio latino, ciencia que le basta al hombre para no quedar en aptitud de necesitar aprender otra cosa.

El marido de Chona vivía en el escritorio donde entre los grandes libros de caja se engolfaba horas enteras, porque ya en este corazón marchito no había quedado más que ese último jugo amargo que se llama avaricia.

En cambio, Chona se fastidiaba soberanamente entre sus colgaduras, entre los tapices y los primores de sus habitaciones, y buscaba un entretenimiento en las labores de mano, en esas curiosidades en las que la mujer que las concluye no tiene siquiera el mérito de la invención; bordaba con cuentas de vidrio sobre terciopelo una cartera;



D. SALVADOR.



pero todos los trabajos preliminares eran obra del bordador á quien le pagaba porque restirara el lienzo y pusiera la *cartulina*, de manera que Chona reducía su afán á ensartar cuentas para cubrir la labor.

Chona no había tenido hijos; circunstancia que había obligado á los médicos de la casa á tener largas conferencias con el marido, quien á su vez confesó con ese motivo el forzoso desencanto á que estaba reducido merced á sus prodigalidades parisienses.

Salvador, en su calidad de hombre acomodado, se había acostumbrado á vivir con esa triste facilidad del que no lucha para conseguirlo.

La lucha del trabajo, esta lucha que para algunos es una sentencia y hasta una maldición, encierra el tesoro de la esperanza, la perspectiva de un más allá que nos alienta, explotando nuestras facultades y empeñándonos en sacar de nosotros mismos ese material de guerra, doloroso si se quiere, pero con el que compramos un pan blanco y una cama donde se duerme bien.

Salvador desde niño no había aceptado un puesto en esa lucha perenne; no era obrero ni paladín de la esperanza, era simplemente consumidor, y el caudal de sus esfuerzos era nada más el depósito de esa suma de facultades para el goce y para los placeres.

Salvador decía que había nacido para gozar, y gozaba; pero si bien lo averiguamos, no soñaba con la felicidad como soñamos nosotros, nunca había despertado con el deslumbramiento de una de esas dichas lejanas que se le acercan al pobre solo en mirajes y en fantasías.

Salvador no tenía necesidad de poner á contribución sus deseos no realizados, sus esperanzas de mejoramiento, sus ensueños, sus imposibles, sus quimeras; todo esto era para él una música incomprensible porque todo lo tenía: era buen mozo, no carecía de talento y de gracia, y siendo muy rico, no necesitaba apurar su ingenio para procurarse comodidades.

Había sentido la saciedad antes que el

hambre, y su espíritu repleto no esperaba ya en la vida ninguna transformación, no se alentaba con ningún estímulo, estaba muerto en el término de su viaje moral; en una palabra, un fisiólogo hubiera podido diagnosticar sin equivocarse esa terrible enfermedad moral que se llama *spleen*; no el abuso de esta palabra que no tiene embarazo hoy en aplicarse con risible prosopopeya hasta el miserable remendón, sino la legítima desolación inglesa que llega á hacer suicidas á los millonarios.

Salvador, pues, pasaba al lado de Chona las largas horas que su amigo pasaba en el escritorio.

—¿Que tiene usted, Chona?

—Nada. ¿Y usted?

—¿Yo?..... nada.

—¿Nada de nada?

—Nada de todo.

—Lo compadezco á usted.

—¿Por qué?

—Está usted muerto.

—Me hago digno del mundo, digno de la

época, digno de la sociedad en que vivimos.

—¡Blasfemo!

—Vea usted, Chona, le hablo á usted con el corazón.

—¿Qué corazón?

—Me hace usted unas preguntas.....

—Eso es porque le conozco.

—Creo que no.

—Mucho, Salvador.

—Deme usted una prueba.

—Esta.

—¿Cuál?

—Dejarlo á usted pasar junto á mí cuatro horas diariás.

—Llámeme usted de una vez inofensivo.

—No quería decir la palabra, me parecía dura.

—Eso requiere una explicación.

—Estoy dispuesta á darla.

—Pero deje usted esas cuentas de vidrio, á las que tengo una aversión horrible.

—¿Por qué? ¡pobres cuentas! las dejo.

—¿Por qué me considera usted inofensivo, vamos á ver?

—¿Cuántos años tiene usted?

—¡Ah! la cosa es seria; treinta y dos.

—¡Me dá usted lástima! dijo Chona después de un momento de contemplar á Salvador.

Salvador sintió, como el enfermo, que la sonda había llegado hasta el fondo de la herida y guardó silencio; pero un silencio terrible, porque Salvador sintió que algo muy amargo se había revuelto en el fondo de su alma.

Después de un largo rato dijo Salvador con una voz vacilante, y conmovido, contra su costumbre:

—Tiene usted mucho talento.

Otra vez se quedaron callados y sin verse.

—¿Y no tengo remedio? preguntó Salvador.

—¡Ah!... exclamó Chona moviendo la cabeza con ese gesto del médico que no tiene esperanza.

—Cúreme usted.

—¿Yo?

—O usted ó nadie.

—¿Quién soy yo?

—Ahora me toca á mí. Usted es una mujer desgraciada.

—Entonces un enfermo no puede curar á otro.

—Sí, porque uno de los enfermos es médico, y el otro es simplemente enfermo. Usted, Chona, tiene todavía lo que yo ya perdí para siempre; usted no ha malgastado su caudal.

—Es lo mismo, porque mi caudal consiste en bienes de manos muertas.

—Yo seré la ley de 25 de junio.

—Gracias.

—Yo sé una cosa: que usted nunca ha amado.

—¿Cómo lo sabe usted?

—No sé cómo; pero conozco las flores que no se han abierto.

—¡Soy casada!

—No me haga usted reír.

—Le recuerdo lo que pretende usted olvidar.

—Al contrario; hablemos de usted como

mujer casada; ¿no tiene usted inconveniente en ello?

—No; ¿por qué?

—Usted se casó sin amor.

—Cierto.

—Y no había amado antes.

—Cierto.

—Usted no ama todavía.

—Eso..... eso no es cierto.

—¡Chona, cuidado con mentiritas!

—Entendámonos, amo á mi marido.

—Lo creo, ¡pero si viera usted cuantos peros hay que poner después de esa frase!

—¿Muchos?

—Sí, muchos.

—Me voy haciendo curiosa: empiece usted.

Salvador sacó su reloj.

—Son las once y media.

Chona se acercó á una mesita china que servía para soportar una magnífica licorera, que consistía en una caja de madera preciosa con incrustaciones; tocó un resorte y la caja se trasformó.

—Me entristece usted, Chona.

—¿Por qué?

—Si le digo á usted lo que pienso ¿no se burlará usted de mí?

—¡Burlarme! ¡Salvador!.....

—Pues bien, óigame usted: este detalle es una galantería por parte de usted, que aislada tiene un atractivo encantador.

—Pero.....

—Pero me ha hecho una impresión distinta de la que debía producirme. No cabe duda en que me adivinó usted el pensamiento; mejor dicho, eso es lo que yo iba á pensar y usted pensó por mí; pero en seguida me ha sucedido una cosa muy rara.

—¿Qué?

—Si se riera usted de mí por lo que voy á decirle, me lastimaría mucho.

—No me reiré, voy á estar formal.

—Pues bien, me ha dado vergüenza beber delante de usted.

Chona se quedó pensando

—No me reiré, ¿pero me será permitido sorprenderme?

—Sí, sorpréndase usted como yo: sorprendámonos.

—Insisto en que me voy volviendo curiosa: explíquese usted.

—Las licoreras, las copas, las botellas, los *bufét* son las hojas secas de mi historia; del fondo de las copas de cristal han brotado mis tristezas y mis alegrías; todo ese aparato del placer opulento es un teatro de día que me hiela la sangre. París me sigue por todas partes como una novia que estuviera yo obligado á cargar por todas parte asida de mi cuello; París me mató, Chona, y no puedo aborrecer ni su esqueleto, ni su sombra; no quiero volver y lo extraño; no quiero acordarme de él, y todo me lo recuerda; estoy enamorado, contra mi voluntad, de mi verdugo.

—Acabo de ver á París dentro de esa licorera, y al abrirse me ha parecido que usted también veía lo que yo en esas copas y en esos frascos..... voy á cerrarla y..... no he de beber delante de usted, Chona.

Salvador cerró la licorera.



CAPÍTULO IX.

PATOLOGIA INTERNA.

VUELTO á su estado normal aquel aparato, dentro del cual había leído Salvador tan negras leyendas, anudó el hilo de su discurso.

—Usted me ha dicho que ama á Cárlos.
Carlos se llamaba el marido de Chona.

—Sí.

—Voy á probarle á usted que eso es imposible.

—Veremos.

—Cárlos no tiene ya corazón.

—Pero sí yo.

—No creo en esos amores nones, Chona: sin reciprocidad no hay amor.

—Esa es una bonita teoría.

—Me gusta la provocación y entro en materia: Chona, usted no ha amado nunca, ni ama todavía, pero amará.

—¡Cuidado, señor profeta parisiense!

—Usted se casó..... por casarse; pero al cambiar de estado no aceptó usted más que la apariencia sin modificación moral: su corazón de usted no ha tenido ni primavera ni estío: ríndase usted á la evidencia.

—¿Y eso también lo aprendió usted en París?

—Sí, Chona, en ese libro maldito cuyo índice se parece tanto á la agonía del alma. Vamos, sea usted franca, ¿tengo razón?

—Sí, Salvador.

—Acaba usted de pronunciar mi nombre.....

—*Salvador*..... repitió Chona reflexionando, y levantó los ojos para ver á Salvador y enseguida agregó:

—Debía usted llamarse *náufrago*.

—Y usted *tabla*.

—¿Es muy imponente el mar?

—No, Chona: yo lo he atravesado, y como no soy poeta he llegado sin novedad.

—¡Ni el mar! murmuró Chona. Enmiéndese usted.

—¿Luego tengo remedio? Enmendarme: he aquí un bello ideal que no me había ocurrido y que usted me inspira; ¡enmendarme! quiere decir, corregirme, regularizarme: tácheme usted, Chona, bórreme si es preciso, pero ayúdeme usted á hacer esa enmendatura de mí mismo; yo me presto, prometo ser dócil; borrador como soy, me entrego á usted sin propiedad literaria, sin autor, con todos mis borrones, con todas mis entre renglonaduras. Aquí estoy.

—Soy mal corrector de pruebas.

—¡Quién sabe! empiezo á presentir que realmente hay dos vidas, y usted, Chona, tiene la llave de la otra.

—Ya eso es mucho.

—No, no es más que la llave.

—¿Por qué no lee usted?

—Siempre he creído que no hay más libro que la mujer.

—Por eso está usted enfermo del alma, la mujer es un abismo.

—Que enseña.

—Pero no á los maestros.

—A todos. Yo he aprendido de usted hoy muchas cosas que ninguna mujer me había enseñado.

—Y sin embargo, no me tengo por una mujer de mundo.

—Tiene usted un depósito que es un tesoro; figúrese usted una planta, que como usted, no ha tenido ni primavera ni estío; es una planta virgen que encierra todos los gérmenes de la flor que no ha nacido: esa es usted, y los gérmenes de esa flor son mi medicina.

—¿Ha estudiado usted botánica?

—No, pero como soy jardinero de pacotilla es la primera vez que me encuentro una planta como usted.

—En fin, paso por ser una planta, pero

no por eso usted pasará de ser un enfermo incurable.

—¿Ha estudiado usted medicina?

—No, pero he visto enfermos y conozco los que son incurables.

—¿Y yo....

—Usted no tiene remedio.

Carlos se presentó en este momento.

Por la primera vez, Salvador se sintió contrariado en presencia de Carlos.

Carlos atravesó la sala para entrar á la pieza inmediata, fijó la atención en el estrado y dijo con profunda indiferencia:

—Hola....

—Adiós, Carlos, dijo Salvador.

Y Carlos desapareció. Traía unas libranzas en la mano.

Apareció á poco rato y dijo á Salvador:

--Ya sabes que nos esperan en Tacubaya?

--¿Mañana?

--No, esta tarde.

--¿Hoy es martes?

--Sí

--Yo no voy,

—¡Hombre!

—Vayan ustedes.

—¿Tienes que hacer?

—Mucho.

—Iremos todos, agregó Chona, te espere-
raremos.

—No, vayan ustedes: no voy.

Y Carlos salió de la sala.

—Este Carlos se hace más inglés cada día,
dijo Salvador, y acaso será el primer mo-
mento en que se ven marido y mujer en to-
do el día.

—Justamente.

—Lo dicho, ¡pobre de usted!

—Tenga usted presente que yo no me he
lamentado.

—No, porque hay enfermos que saben
sufrir. Curémonos, Chona, es necesario no
esperar la muerte en nuestra calidad de en-
fermos habituales; sanemos para morir des-
pués.

Efectivamente, Salvador hablaba con sin-
ceridad, deseaba curarse, y solo este síntoma
era una regeneración.

En Chona se estaba operando también una transformación.

Cuando en la historia de su vida moral no leía más que esta palabra: «*indiferencia*» se entristecía de su pasado, pero porque presentía una regeneración.

Chona debía presentir un abismo ante cualquiera idea de regeneración moral, pero no pensaba en el crimen: llevar hasta allá sus ideas hubiera sido el colmo de la malicia.

A esa puerta nunca toca el amor sino después de muchas curvas.

Cuando Chona estuvo la noche de ese día sola en su dormitorio, contó con todos los ángeles de la fantasía, menos con el del sueño; fué el primero que huyó.

Ese angel es el que precede en su huída al de la inocencia y al del pudor.

Chona tenía una magnífica fotografía de Salvador, hecha en París.

Le ocurrió ver esa fotografía.

—¡Quien lo había de creer! cualquiera mujer que vea este retrato, cree que éste es

un hombre lleno de fé, de amor, de entusiasmo, de poesía y..... y no hay nada, ya es un cadáver.

—¡Hubiera yo visto á Salvador en París, lo hubiera yo podido seguir á todas partes para espiar sus acciones!

—¡Cuántas cosas habré pasado! ¡qué feliz habré sido! ¡cuántas mujeres lo habrán amado! y cuando el sueño se haya apoderado de él, cuán fatigado ha de haberse sentido y qué sopor se habrá apoderado de su cuerpo.....!

—La saciedad.

—He aquí lo que no comprendo: ¡saciarse! ¿de qué? porque saciarse, cansará el amor, el amor tendrá fin.?

—¿Si Salvador será nada más un cómico?

—De todos modos, le queda algo más que á mi marido. ¡Cuanto me ha hecho llorar Carlos!..... pero todavía, no lo sabe, él cree que jamás he derramado una lágrima..... ya se vé, para mi marido no hay lágrimas ni placeres, una letra de cambio no tiene ni sonrisas ni lagrimales.

—En fin, este Salvador me entretiene maravillosamente.

—¡Qué abismos, qué oscuridades se encierran en cada corazón!

—Yo no sé qué atracción irresistible me induce á averiguar la vida íntima de Salvador; nunca he podido comprender ese París que me pintan como una vorágine, donde se pierden capitales como se pierden creencias é ilusiones y todo.

Y Chona se quedó viendo de nuevo la fotografía de Salvador.

A trueque de exponernos á la crítica, no podemos prescindir de narrar aquí una situación idéntica, supuesto que real y positivamente pasaba tal como la vamos á describir.

Salvador estaba á la sazón en su cuarto viendo la fotografía de Chona.

—No tiene esta mujer nada de *chic parisien*, pero decididamente hay un tesoro en su corazón.

—Cuando se acostumbra uno á ver flores artificiales y á aspirar aromas de Pívet ó

de Ninon de Lenclos, se encuentra uno con un jazmín, con un verdadero jazmín y goza con su aroma.

—A mí me ha sucedido estar embadurnado con magnífica pomada imperial de heliotropo, teniendo á mis órdenes además un frasquito de extracto de á 25 francos, que valía por todo un jardín; y sin embargo, corté una sola flor de heliotropo para aspirar su esencia, la misma esencia de que estaba yo literalmente impregnado.

—Me acuerdo que Carlos me llamó estúpido, se rió de mí á reventar y no lo pude persuadir de que, impregnado como estaba de ese aroma, aún percibía el de la flor.

—Chona es el heliotropo, París el pomo de 25 francos. ¡Qué falta me hace un novelista! Si estuviera yo en París, le preguntaría á Mr. Alejandro Dumas (hijo), si es posible la regeneración moral por el amor; él que ha escrito eso, debe comprenderlo y debe saber si la moral de su Traviata, es aplicable al sexo fuerte, después de haber vivido diez años en París.

—En fin, veremos. Yo noto en Chona..... y á todo esto, este nombre no es eufónico, pero Encarnación es peor; no, no es peor; yo he oído decir: la encarnación de un ángel, de un sueño, de un deseo.

—¡Si me volveré poeta á la vejez; si iremos saliendo con que no lo he perdido todo y ando todavía en pañales en estas materias, á pesar de París!

—¡Ah! agregó Salvador suspirando profundamente: ¡es imposible!

—¡Después de las locuras!... ¡de aquellas encantadoras locuras de mi baronesa!..... ¡oh, qué baronesa, todo fué para ella..... todo!..... En el cementerio del P. Lachaise están mis treinta años convertidos en mármol y en arbolitos. ¡Chona! agregó con enfado, ¡Chona!..... no basta..... no alcanza..... no puede..... no sabe..... ¡pobre Chona!

Salvador había pedido té á su criado, y en este momento se lo servía.

Salvador hizo una seña á su criado, y éste sin vacilar un instante puso la licorera sobre la mesa.

—Sírvenme *Kirsch*.

El criado obedeció.

Salvador estaba acostumbrado á no cuidarse de sus criados, y en materia de amores el criado solía estar al tanto de muchas poridades.

Sobre el buró había un zapato de mujer, un zapato parisiense de raso color rosa pálido; aquel zapato perteneció á la baronesa, lo sabía el criado y sabía también que dentro de aquel zapato había de poner la cerillera.

El criado podía también hojear en ausencia de Salvador el album secreto de su amo.

Era un album en folio, tenía sobre la pasta un bajo relieve representando el Amor con todos sus atributos.

Aquel album era horriblemente curioso.

Todo lo sabía el criado de Salvador; pero éste, por primera vez en su vida, se ocultó de su criado para contemplar la fotografía de Chona; hizo más, la guardó mientras su criado le servía.

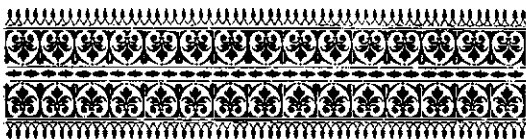
Estaban, pues, ya frente á frente dos co-

razones que latían bajo muy diversas impresiones.

El de Chona era un tesoro virgen.

El de Salvador, una caja vacía.





CAPÍTULO X.

UNA VIEJA CHOCOLATERA.

SÁNCHEZ es una verdadera presea para el interés creciente de nuestro relato: les sabemos muchas cosas y hemos de decirlas, inocentemente.

Sánchez no tenía solo una casa, tenía dos; pero tal lujo de domicilios había permanecido hasta entonces envuelto en el misterio.

Pero doña Felipa tenía una amiga y amiga de la tía Anita. Era la tal otra vieja cho-

colatera que se alternaba en chocolates y habladurías con doña Anita.

Esta vieja se llamaba doña Ceferina, tenía un hermano clérigo que la mantenía, y doña Ceferina no vivía, hacía muchos años, sino para procurar la salvación de su alma; obra por demás erizada de dificultades, pero que todas, en concepto de la misma doña Ceferina, estaban allanadas completamente.

Veamos su sistema.

Doña Ceferina madrugaba y oía la primera misa que se decía en la iglesia de su barrio; volvía á su casa á desayunarse, y en seguida emprendía el camino hasta la iglesia donde estuviera el circular: allí oía la misa mayor y rezaba dos novenas que siempre traía entre manos: una andada y aplicada por sus propias necesidades, que eran algunas constantemente; y otra por oficiosidad por los cuidados y desgracias de alguna de sus amigas, á quienes, como debe suponerse, nunca les faltaban cuidados y desgracias.

Volvía á su casa á comer, dormía siesta y

se levantaba para ir á tomar el chocolate á alguna visita: los lunes con las monjas, mártes con una comadre, miércoles con las hermanas de su confesor, jueves con una amiga, viernes en la casa de Sánchez; el sábado tenía mucho que hacer y el domingo se quedaba á comer en alguna parte, y el lunes anudaba el turno nuevamente.

El chocolate no le impedía concurrir al *depósito*, al *sermón*, á los *desagravios* ó á la novena solemne en alguna iglesia.

La único que cambiaba la monotonía de su vida, era el ir por una amiga ó amigas á su casa para ir en su compañía á la iglesia.

Doña Ceferina tenía la costumbre inveterada de comer en la casa de sus amigas cada día de cumpleaños, y en algunas partes se quedaba á dormir, porque no había quien la llevara á su casa de noche.

A doña Ceferina nunca le faltaba qué hablar, tenía materia abundante para todo el año, contando en una casa lo que oía en otra, circulando las noticias de las funciones

religiosas, y describiendo las fiestas de familia á que concurría.

Sabía de memoria el calendario; y más exacta que las interesadas, avisaba con anticipación en cada casa:

—No se te olvide, mi alma, que el 22 de éste es San Anastasio y el 29 San Francisco; ahí tienen ustedes á doña Anastasita la Ortiz y á mi señor don Francisco el licenciado, á quien tantos favores le debe tu familia; no se te vaya á pasar.

Un viernes entró doña Ceferina á la casa de Sánchez.

—Buenas tardes, Felipita. Anita, ¿cómo te ha ido? ¿cómo están todos por acá? ¿cómo está el señor Sánchez y Amalia y la Chata? ¿cómo les ha ido de tiempo?

—Buenos todos, á Dios gracias.

—¿Y don Aristeo?

—Bien.

—¿Con que todos buenos? ¡cuánto me alegro! de santos nos debemos dar con que no haya venido por aquí la plaga de los catarros de mis pecados, acabo de venir de

la casa de las hermanas de mi padre confesor, que es tan bueno y tan santo, y todas, mi alma, todas están del catarro, perdidas; si es en la casa del licenciado, lo mismo: tiene dos niños con tos ferina, de mucha gravedad, y hasta una de las madres, de las madrecitas las pobres, me la he ido á encontrar con un costipadazo que hasta parece pulmonía; vamos, si te digo, mi alma, que yo no sé á donde vamos á parar con tanto catarro; es el tiempo, es el tiempo; estos cambios tan repentinos, que sale una caliente, y zás, allá van los estornudos y catarro para una semana; ¡cómo ha de ser, que se haga en todo la voluntad de Dios! ¡Si te digo que yo ya no sé qué plaga nos faltará, porque todo se nos junta! ¡todo! ¡todo! ¡porque si es de arranquera, no me digas, que están todos que se sorprende uno! ¡Y vaya, si dijéramos los pobres; pero no, mi alma, los ricos también! ¡asombra ver en ese montepío los primores que llevan! ¡y qué alhajas! ¡qué cortes! ¡qué tápalos chinos! ¡todo de gente que tiene! ¡conque

figúrate cómo estarán las cosas, Felipita de mi alma y de mi vida! ¡pero cómo ha de ser! ¿Conque por acá todos buenos?

—Sí, vamos pasando.

—¿Y en paz?

—Así, así.

—Ave María Purísima. ¿Conque.....

—Ha habido de todo.

—¡No lo permita la cruz de mi rosario, Felipita de mi alma! ¡qué me cuentas! ¿conque ha habido de todo? yo, mi alma, como ya soy vieja no me sorprendo de nada; pero vé uno unas cosas que con razón; ¡ya se vé! ¡es imposible, imposible que ciertas cosas salgan bien, porque ya sabes que del cielo á la tierra, no hay nada oculto, y el día que uno menos lo piensa ¡adios! se descubre todo, porque ya sabes que nunca falta un yo lo ví; si te digo, mi alma, que estoy aburrida; ¡ya no quiero vivir, Señor, ya no quiero que me cuenten nada, pero qué quieres! le cuentan á uno y no hay remedio; ¿yo? ¿pues cuándo sabía nada de lo de acá? estaba muy quitada de la pena cuando me

dice una señora que oye misa conmigo:

—¿Usted visita la casa de Sánchez?

—¡Cómo no, mi alma, le dije; si Felipita es íntima amiga mía!

—Y la pobre Amalia, ¿no sabe nada todavía?

—¿De qué?

—¡Cómo de qué! de la mujer esa que dicen que tiene el señor Sánchez, y que es la causa de tantos disgustos.

—¡Conque eso te dijeron! exclamó doña Felipa sorprendida.

—Eso.

—¡Mira qué gente tan lenguaraz!

—Oye, mi alma, en cuanto á lenguaraz yo respondo que no, porque lo que es esa señora la he visto comulgar y me debe el mejor concepto; es una señora grande y no creo....

—¡Ah! pues eso es una calumnia, mi hermano es incapaz de tener otra mujer, que bastante tiene el pobrecito con Amalia, que lo tiene sacrificado por el lujo que gasta.

—Pues yo sentiría mucho que fuera cierto.

pero has de saber que yo ya tenía mis antecedentes.

—¿Tú, tú también? ¿luego lo crees? Ya lo ve usted, tía Anita, ¡oh! si no se puede ya tratar con nadie, si las gentes tienen una lengua, que yo no sé adonde vendremos á parar.

—Pues yo nada pongo, mi alma, y si yo te digo esto es en descargo de mi conciencia; pero ni pongo ni quito, y sobre todo, que lo que fuere sonará, porque ve uno tantas cosas.....

—No, pues ahora es preciso averiguar la verdad, porque eso es muy grave, y necesitas decirme quién te lo dijo ó me peleo contigo.

—El pecado se dice, pero no el pecador.

—¡Es una cosa de honra!

—Por lo mismo.

—Dime quién te lo dijo.

—No, mi alma, porque el chisme agrada, pero el chismoso enfada.

—Pues esto no se puede quedar así, ni yo he de permitir que el pobre de mi hermano

ande por ahí en boca de todos como trapo viejo, porque si yo doy con la habladora la he de poner como ropa de pascuas.

—Mira, Felipita, que lo mejor será que averigüe, porque sería mucho descaro inventar todo lo que me han dicho.

—¿Pues qué te han dicho?

—¡No, cómo quieres que te lo diga cuando te exaltas tanto! y lo que es yo no he de ser la causa de que te vayas á morir de un derrame de bilis; ¡Dios me libre! yo también me moriría de pesadumbre.

—Te ofrezco no exaltarme, pero dime lo que te han dicho, que al menos siempre es bueno saber á qué atenerse.

—¿Pero me ofreces.....

—No tengas cuidado, dime lo que sepas.

—Pues ya te digo que nada invento; me dijeron que el señor Sánchez tiene otra casa: y esto no puede ser mentira, porque sé el número y la calle, y quién vive allí. Ahora, en cuanto á que el señor Sánchez paga la casa, no me cabe duda porque he visto

los recibos, que me los enseñó el cobrador; y te diré más: conozco á la señora.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas de la extranjera?

—¿Qué extranjera?

—¡Vaya! mi alma, la de los rizos.

—¿Esa?

—Esa.

—¿Y qué?

—Esa es la que vive allí, por cuenta del señor Sánchez, y la tiene bien puesta; pues si vieras qué vestidos de seda y qué castañas y qué tren; ¡vaya! sobre que pasa por su mujer en la vecindad.

—Me dejas de una pieza! conque quiere decir que tú sabes.

—Yo sé muchas cosas, no porque las pregunto, porque eso sí no tengo, curiosa; pero le cuentan á uno.

—Pues mira, mejor será saberlo todo de una vez, te encargo que te informes bien, porque si es cierto es necesario ver cómo se remedia.

· A la sazón que esto pasaba en la asisten-

cia, en el corredor resonaron unos gritos; era Sánchez.

—¿Y usted qué quiere? preguntó Sánchez á un hombre que lo había estado esperando una hora en el corredor.

—Este recibo, dijo el hombre.

—¿Qué recibo?

—El del periódico,

—Ya he dicho que no me importunen; yo no he visto gente más molesta que los impresores; vuelva usted mañana.

—Señor, llevo ocho días de estar viniendo.

—¿Y eso qué me importa?

—A mí sí, porque para cobrar seis reales, vengo hasta quince veces seguidas.

—¿Parece que usted es un poco altanero?

—No, señor, y la prueba es, que suplico á usted que me pague ahora, ó que me cite usted para día fijo.

—¡Quite usted allá con su día fijo! ¿cuánto es?

—Seis reales.

—¿Seis reales?

—Sí, señor.

—Vuelva usted mañana.

—¡Pero señor!

—Ya dije que mañana.—A ver, Pizarro, agregó gritando, no me deje usted subir á estos ociosos y el que venga á cobrar, que no hay dinero, que solo pago los días primero de cada mes; ya es preciso cortar este desórden.

—A mí me van á arruinar en este México; recibitos á todas horas ¡habrase visto! no parece sino que no tiene uno el dinero más que para tirarlo en lo primero que se le antoja; ¡recibitos á mí!

—¿Qué le ha sucedido á usted, compadre? le preguntó don Aristeo.

—Qué me ha de suceder, que ya me acaban; yo no he visto gente más molesta que estos cobradores de periódicos; no hay día en que no haga diez cóleras.

Don Aristeo se encogió de hombros.

—¿Qué le parece á usted que será bueno hacer, compadre?

—¿Me pide usted un consejo?

—¿Me pide V. un consejo?

—Sí, ¿por qué me lo pregunta usted?

—Porque generalmente pedimos un consejo, cuando estamos menos dispuestos á aprovecharnos de él.

—¿Ya me va usted á salir con sus rancias, compadre?

—Ya sabe usted que yo soy rancio, pertenezco á la pelea pasada.

—¡He amanecido de buenas! exclamó Sánchez con enfado.

Don Aristeo guardó silencio.

—Vamos á ver, compadre, sea usted de la pelea pasada ó nó, necesito que me inspire usted una idea.

—Platicaremos, compadre; platicaremos, pues de la discusión nace la luz.

—A ver, ¿qué le parece á V. que debo hacer?

—¿Cuánto tiene usted, compadre?

—Pues..... qué sé yo..... haga usted cuenta: el sueldo, las casitas, en fin, ponga quinientos pesos cada mes.

—¡Hermosa renta! ¿y así se queja usted, compadre?

—Ya usted lo vé, no me alcanza para nada, debo un dineral y cada día las cosas se complican de una manera, que yo no sé á dónde iremos á parar.

—Y..... ¿cuánto gasta usted, compadre?

—Huum.... eso sí no selo puedo decir, ya me conoce usted, yo sé tirar el dinero como pocos.

—Ya lo veo y en eso está el mal.

—Pues si en eso quiere usted encontrar el remedio, perdemos el tiempo.

—Minore usted sus gastos, compadre.

—¿Qué menos puede gastar un hombre al mes que media talega? hay lores que gastan medio millón.

—Sí, compadre, pero porque lo tienen.

—Yo gasto lo que tengo.

—No, gasta usted más; mucho más.

—Pero es indispensable.

—En eso está el error; Amalia gasta mucho lujo.

—¡Amalia! cómo había de gastar Amalia lo que gasta mi chica.

—¿Quién? preguntó don Aristeo frunciendo el ceño.

—¡Cómo! ¿pues qué no sabía usted, compadre? ¡vamos! pues ahora sí veo que está usted en *bábia*, me parecía que le había contado á usted.

—No.

—Pues es el caso que Manuel, ¿ya conoce usted á Manuel? mandó traer una *cocota*.

—¿Una qué?

—*Cocota*, compadre, ¿no sabe usted lo que es *cocota*?

—No.

—Una queridita.

—¿Conque la mandó traer?

—Sí; y después de seis meses me dijo un día echando albures: oye, Sánchez, siempre he pensado volverme á Francia; ¿cuánto me das para mi *cocota*?

—¡Jesús, María y José! ¡qué inmoralidad!

—No me venga usted ahora con sus sermones porque no le cuento, compadre.

—Está bien, siga usted.

—Pues, hombre, le dije á Manuel, ¿ella qué es lo que necesita.

—Con trescientos pesos cada mes se con-

forma; la tienes dos ó tres meses y después se la pasas á algún amigo.

—Negocio arreglado, le dije, y me quedé con la *cocota*.

—¡Pero, compadre! exclamó D. Aristeo.

—Y como este Manuel es tan célebre y tiene tanto talento, me convidó á cenar una noche para el testamento; y oiga usted, la escena estuvo de lo más original....Ketty, le dijo á la *cocota*, aquí tienes á Sánchez, íntimo amigo mío, etc. etc.—y me hizo la entrega. Al día siguiente me estrené pagando una cuenta á la modista, y según las instrucciones de Manuel, deslicé en la mano de Ketty algunos billetes de banco, y lo peor del cuento, compadre, es que llevo ocho meses de esto y estoy en quiebra.

Don Aristeo se había cogido la cabeza con ambas manos y permanecía aturdido.

—¿Y no sería lícito, dijo de repente don Aristeo, ministrar é esa señora unas píldoras de estricnina como á los lobos?

—¡Qué barbaridad, compadre! ¿pero por qué?

—Porque es un animal muy caro: ¡trescientos pesos cada mes por una...! qué?

—*Cocota*, compadre.

—¿Y qué tiene de raro esa *cocota*?

—¡Qué es hermosísima!

—De cuerpo puede ser, compadre, pero de alma, decididamente es un demonio.

—¡Si viera usted que buenos sentimientos tiene!

—¿Y se deja traspasar como un mueble?

—¡Ah! qué quiere usted, compadre, esos son los usos europeos, y en su calidad de *cocota* tiene que...

—¿Tiene qué? ¡Compadre, por el amor de Dios! si esto no se ha visto ni en Gomorra!

—No, efectivamente; allí estaban atrasados, de eso hace tantos años!... hoy la mujer se explota de distinta manera; qué quiere usted, la civilización!

—Sí, compadre, la mujer ha llegado á ser un mueble de lujo; estoy cierto que usted no puede querer á esa *cocota* ¿*cocota* se dice?

—Sí, compadre.

—¡Ha visto usted nombre! No está en las Pandectas, es nombre nuevo.

—Es nombre francés; en París se dan las *cocotas*, y ya lo ve usted, se dejan importar.

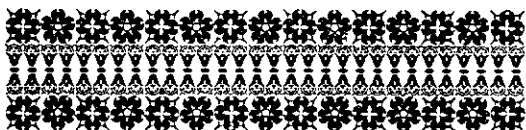
—¡Ya lo creo, un mueble de esos! ¡y luego tan caro!

—¡Ah! pero es una criatura angelical; si viera usted qué alma, compadre!

—¡Por vida de usted, compadre, que no me vuelva usted á hablar de sus prendas morales, porque me va usted á volver loco. ¿Cómo puede haber sentimientos nobles en un corazón tan corrompido?

—Sobre que le digo á usted que es un angel.

—¡Vamos! yo no sé una palabra, el mundo ya cambió completamente, y yo estoy en pañales; tiene usted razón, compadre, será un angel; pero déjelo usted que se vuele.



CAPÍTULO XI.



SÁNCHEZ

SOÑANDO CON LOS GRANDES NEGOCIOS

LA asistencia de Sánchez se venía abajo á la sazón; las dos viejas y doña Felipa habían entrado en pleno congreso y se debatía con acaloramiento la cuestión de si las noticias de doña Ceferina eran puras invenciones de las gentes ó si tenían algún fundamento.

No tardó don Aristeo en formar parte de aquella diputación permanente, y doña

Felipa, que era la más interesada en saber la verdad, dijo á don Aristeo:

—¡Qué dice usted lo que se cuenta, señor don Aristeo de mi alma! vea usted que estoy en una verdadera tribulación.

—¿Qué se cuenta, doña Felipa?

—Nada: las gentes; ya conoce usted á las gentes, han dado y tomado en que mi hermano, mi honrado hermano, tiene..... tiene su quebradero de cabeza; como si el pobrecito estuviera para esas cosas, tan ocupado siempre en su oficina y en todas las cosas de palacio y de la política; ¡vaya usted á ver, señor don Aristeo de mi alma, si eso será posible! pero tanto lo dicen que ya sabe usted: cuando el río suena..... yo no lo creo, por supuesto, y Dios me libre de hacer suposiciones; pero ya una persona me dice que se dice, ya otra que lo ha visto, ya, en fin, no falta quien diga que conoce á la chica, y yo entretanto no sé á qué atenerme.

Lo único que sé decir es que al pobrecito de mi hermano no se le conoce inquietud,

y luego, como trata tan bien á la Amalia y le da tanto gusto, se le resiste á uno creer ciertas cosas.

Don Aristeo fijaba sus miradas alternativamente en doña Anita y en doña Ceferina, y á pesar de estarlo viendo no acababa de convencerse de que todo aquello que estaba diciendo doña Felipa lo sabían las viejas.

—Pero..... ¿estas señoras saben?

—¡Ay, mi señor don Aristeo! ¿y quién no lo sabe en México? si de lo que debía usted sorprenderse es de que no lo sepa Felipita tan bien como nosotras; si eso es público y notorio; conque es buena que se ha llegado á decir que Amalia lo sabe y se hace sorda, porque así le conviene.

—¿Y usted la conoce, doña Ceferina?

—Nada más dos veces la he visto: una yendo yo al Colegio de Niñas á ver á mi padre confesor, y otra en el átrio de catedral.

—¿Y qué tal?

—La verdad, como quiero tanto á la pobre de Amalia, me pareció así, así..... le diré

á usted, mi señor D. Aristeo, ella no es fea. quiere decir, no se ve fea porque como ahora se pintan tanto las mujeres no se puede juzgar; sí tiene buenas facciones, buenos ojos, buena boca, y un pelo que, á ser suyo, le aseguro á usted que es hermosísimo; yo creo que es americana, por lo menos así lo he oído decir: la americana por aquí, la americana por allá..... eso sí, en cuanto á lujo, no se diga: ¡si parece una reina!

—¿Quién es ésa? le pregunté á una señora muy buena, que va todos los martes al Colegio de Niñas.

—¡Quién ha de ser! la americana, me contestó.

—¿Qué americana?

—La que tiene el señor Sánchez.

—¿Con que la tiene?

—¡Vaya mi alma! qué atrasada está usted de noticias!

—¿Pero de cual Sánchez habla usted?

—¡Cómo de cuál! del marido de Amalia, de su amigote de usted, porque yo sé que va usted á la casa.

—Entonces le dije que yo no era precisamente amiga del señor Sánchez, que la amistad era con Felipita, y quedamos en eso.

—Conque ya lo ve usted, señor D. Aristeo, dijo Felipita, con esos datos ya podrá usted figurarse que cuando menos, la hacen á uno dudar.

La Chata, que sabía mejor que todos estos asuntos, había pasado varias veces por la pieza en que se discutían, y se había enterado á su vez de que se estaba preparando una borrasca.

Entre tanto Amalia seguía recibiendo en el saloncito á Ricardo, quien había llegado á convertirse en visita cuotidiana; y por supuesto, la intimidad entre estas dos personas, entre quienes había ya tantos motivos de simpatía, subía de punto.

Sánchez, por su parte, estaba muy ageno de que sus asuntos estuvieran á discusión, y no pensaba más que en la manera de aumentar sus rentas, á fin de poder subvenir á las necesidades que se había impuesto.

Sánchez había entrado por primera vez á desempeñar el papel de rico, y le había sucedido lo que á todos los ricos nuevos: no le alcanzaba.

Una vez en posesión de ciertos recursos que, con mucho, superaban á los de su haber común, Sánchez perdió los estribos en materia de agresos, al grado de que una escrupulosa liquidación le hubiera puesto de manifiesto esta terrible verdad:—No tengo nada.

Pero Sánchez se había afiliado ya entre las gentes de cierta importancia; había contraído cierto género de amistades de ventajosa posición social, y ya no le era posible retroceder.

Introducir economías, rehusar ciertos convites, no corresponder á ciertos obsequios, hubiera sido salir en vergonzosa derrota del círculo social á que había logrado penetrar ayudado de la fortuna.

Era todavía tiempo de introducir el orden, y el orden bastaría para restablecer el equilibrio; pero el diablo de la vanidad se pronunciaba abiertamente contra cualquiera

modificación, y Sánchez, veía venir, y no muy lentamente, su ruína, sin poderla evitar, sin tener valor suficiente para cortar el mal.

Era el mes de Diciembre, y la nota de los vencimientos de este mes fatal hablaba de una manera elocuente contra la tranquilidad de Sánchez.

El funesto renglón de la cocota había acabado de desnivelar el presupuesto: aquellos trescientos pesos pagados con una escrupulosidad de Lord, habían minado hasta los cimientos la fortuna de Sánchez.

Había recibido ya de un agiotista, seis quincenas adelantadas de sus sueldos, y una de sus casas estaba gravada en cantidad que debía pagar en Diciembre.

Hábale aconsejado á Sánchez un amigo suyo que cultivara la amistad de cierto personaje, con la mira de llegar á merecer su atención y sus favores.

Este personaje era Carlos el marido de Chona, con quien Sánchez mantenía hasta entonces una amistad ceremoniosa y apa-

rente; pero cierta mañana, hablándose en el almacén de Carlos de cierto negocio con el gobierno, no faltó quien opinara que antes de promoverlo oficialmente, se contara con algún empleado que personalmente interesado en servir á la casa, fuera el medio para conseguir el resultado que se deseaba, y allí se habló de Sánchez, como la persona más á propósito.

Acto contínuo Carlos envió á Sánchez una esquila invitándole á tomar el té en la noche.

Ya se deja entender que Sánchez recibió aquella esquila con placer, con un placer que le recordó la escena de las cartas de la Gran Duquesa, y si no cantó, porque Sánchez no sabía cantar, sí repitió muchas veces para su coleteo:

¡Oh carta adorada
Me hiciste feliz,
Yo te besaré
Mil veces y mil.

Se vistió á la oración, y puntual como un inglés estuvo en casa de Carlos á las ocho

y media de la noche, no sin permitirse el lujo de alquilar una berlina con frisiones que hicieran un poco de ruido á su llegada á la casa.

Sánchez, fué recibido con exquisita atención, no solo por Carlos sino por los empleados del almacén, que sabían que al obsequiar á Sánchez, se adherían á las miras del principal y cooperaban al buen éxito de los negocios de la casa.

Sánchez que era muy patriota, estaba creyendo que hacía un verdadero sacrificio en pisar aquella casa, por ser de mochos; pero ya se había prevenido para poder dar sus excusas á los amigos que pudieran por acaso afearle este proceder.

El salón de la casa de Carlos estaba profusamente iluminado y abierta la tapa de un magnífico piano de cola americano.

Carlos había mandado llevar algunos profesores de la orquesta de la ópera y había invitado á algunas notabilidades filarmónicas á fin de amenizar la reunión con piezas selectas de música.

Había en el salón hasta doce señoras, y

el resto de los asientos lo ocupaban mayor número de caballeros, en la generalidad personas de distinción.

Los señores profesores don Tomás León y don Pedro Mellet ocuparon el piano y tocaron admirablemente la gran obertura de Guillermo Tell, la que, á pesar de la gravedad y circunspección que reinaba entre los concurrentes y de esa reserva severa que se nota al principio de una reunión, arrancó una salva de aplausos que fué ya el principio de la animación y de la cordialidad.

Efectivamente, esa gran pieza musical ejecutada por tan notables profesores y en aquel piano, nada dejaría que desear á los más severos maestros.

—¡Qué hermosa obertura! dijo Chona á Sánchez que estaba á su lado.

—Sí, sí señora, es hermosísima, y sobre todo ¡tan bien ejecutada!

Esto lo dijo Sánchez porque creyó que debía decirlo, pero sin conciencia; porque en materia de música, Sanchez no había tenido tiempo de educarse el gusto, ocupado

como había estado siempre en servir á la madre patria.

Cuando Sánchez se vió rodeado de atenciones de todo género, y haciendo en aquella selecta reunión un papel que ni él mismo se esperaba, tuvo uno de esos momentos de deslumbramiento y de ilusión que comunicó á su ánimo más expansión y á sus ademanes más desenvoltura; se atrevió á hablar de música dando á sus palabras cierto tono magistral.

Las frases de Sánchez eran recogidas con marcadas muestras de benevolencia, especialmente por parte de los dependientes de la casa.

—¿Quién es este hombre? preguntó Salvador á Chona con aire de príncipe.

—Es Sánchez, contestó Chona.

—¿Qué Sánchez? insistió Salvador.

—Yo no sé: es una persona nueva, es amigo de Carlos.

—¿Hablan ustedes del señor Sánchez? dijo un joven elegante; yo también acabo de pedir informes.

—¿Y quién es? preguntó Chona.

—Es un puro, es uno de estos liberales... ya ustedes me entienden; no hay más que verlo metido en el frac, para comprender de qué clase de pájaro se trata.

—¡Ah! ¿conque es liberal? preguntó Chona.

—Sí, es de estos hombres nuevos, ya saben ustedes; hombres elevados por la revolución.

—¡Ay Dios mío, qué horror! exclamó Chona, ¡cuántas muertes deberá este..... santo varón!

—Vea usted, Chona, dijo el elegante, en cuanto á muertes no me parece que tenga mucho que decirse, pero en cuanto á otras cosas.....

—¿Y qué cosa es? preguntó Salvador.

—Empleado del gobierno; parece que tiene un buen empleo.

—De todos modos, dijo Chona, mi marido hace mal en presentarnos gentes de esa clase, ¿porque á dónde vamos á parar? tras de éste vendrán otros.

—¡Y Dios nos asista, Chona! porque su casa de usted se convertiría en una de tantas.

—Y hasta ahora, agregó Chona, ya lo ven ustedes, nos hemos visto libres de esa plaga; yo no puedo ver á los héroes de hoy; á mí me llaman retrógada, y mocha, y qué sé yo cuántas cosas más, pero yo no transijo; esa igualdad tan mentada no la paso, porque los de abajo son los que la proclaman para ser iguales á los de arriba.

—Lo que no puedo comprender es cómo Carlos, que ha sido el primero siempre en manifestarse intransigente, acoge esta noche á ese señor con una afabilidad, de que estoy verdaderamente pasmado.

—¡Vaya! agregó Chona, al grado de que yo acabo de llevar un gran chasco: al ver que mi marido lo trata tan bien, ¿creerán ustedes que me he permitido dirigirle la palabra?

—Era natural, dijo el elegante.

Carlos había tenido tiempo ya de notar que Chona, Salvador y aquel otro personaje hablaban con cierta reserva y acalora-

miento, y pensó desde luego que Chona era muy capaz de contrariar sus planes, de manera que tomando á Sánchez familiarmente por el brazo, lo llevó hácia donde estaba Chona.

—Estaba cometiendo una falta, aunque involuntaria, dijo Carlos á su mujer, se me había olvidado presentarte á este caballero, al señor Sánchez, persona muy recomendable y amigo de toda mi consideración.

En la manera de hacer la presentación, conoció Chona que su marido tenía en ello algún interés particular, y Chona á su vez hizo un esfuerzo para dirigir un cumplimiento á Sánchez, quien con esta nueva distinción acabó de perder la cabeza.

Se empeñó en ser lo más cortés y galante con Chona, quien, en medio de Salvador y del elegante, recibió heroicamente la andanada de barbaridades que Sánchez decía, seguro, por otra parte, de estar desempeñando admirablemente su papel de cortesano.

—Tengo la mayor satisfacción, señora,

en haber tenido el gusto..... de..... el gusto de ofrecer á usted mis escasos servicios. Yo, señora..... no soy de México, y nosotros los de fuera somos así..... pues..... no estamos al tanto de la etiqueta y de ciertas cosas; pero en cambio tenemos el corazón en las manos.

—Sí, señor, contestó Chona, la ingenuidad es una virtud rara y.....

—Porque vea usted, señorita, yo soy un hombre del pueblo, soy hijo del pueblo y todo se lo debo al pueblo; soy liberal, pero por lo mismo respeto la opinión de los demás para que así respeten la mía; ¿no le parece á usted señorita?

—Efectivamente.

--Porque uno es que sea uno liberal, pero liberal de orden, y otro es que lo confundan á uno con la gentuza; no, señorita, yo soy liberal de orden, como creo que lo será el señor, y el señor, y todos, porque ¿quién no es liberal, quiere decir, quién no ama esa deidad?.....

Al llegar aquí le pareció á Sánchez que

se iba elevando mucho, y como el papel que en aquel momento se había propuesto representar era el de un hombre sencillo y franco y sobre todo atento y apreciable, cambió de rumbo su discurso y continuó:

—Es cierto que entre los hombres de mi partido ha habido de todo; pero ¿qué quieren ustedes? las revoluciones no se hacen precisamente contando con las clases privilegiadas, y no se puede evitar que ingresen á las filas hombres que deshonran la causa y hacen que por unos pierdan todos.

Afortunadamente para Chona, se sentaba al piano una señorita discípula del maestro Melesio Morales, y ejecutaba la preciosa composición imitativa del mismo maestro titulada: «Un sueño en el mar.»

Sánchez se separó del grupo haciendo una cortesía y se fué á sentar por otra parte.

Chona, Salvador y el elegante se dirigieron una mirada de inteligencia.



CAPÍTULO XII.

CONTINUA SÁNCHEZ EN EL CAMINO DE
SU ENGRANDECIMIENTO.

DESPUÉS de algunas piezas ejecutadas en el piano por los profesores, y de otras muy notables acompañadas por los instrumentos que constituían un cuarteto musical, la concurrencia fué invitada á pasar al comedor.

Sánchez, que, á imitación de los demás, había ofrecido el brazo á una señora, atravesó las habitaciones, no sin poner el más minucioso cuidado, aunque con disimulo,

acerca de los pormenores que pudiera atrapar sobre los muebles y su colocación, con objeto de tomar nota y aprender ciertos detalles, supuesto que se le presentaba la ocasión de estudiar este punto en una casa de la que Sánchez tenía el más elevado concepto, reputándola como un modelo de buen gusto y elegancia.

El comedor estaba profusamente iluminado por medio de un candil con quinqués, con dos hermosos candelabros de doce luces que estaban colocados sobre la mesa entre dos magníficos jarrones de porcelana que sostenían grandes espejos esféricos; había además encendidos cuatro candelabros ó alborrantes de pared de siete luces cada uno.

Todo el servicio era de reluciente Cristofle; había hermosos ramilletes colocados en graciosos jarrones, y sobre cada servilleta una tarjeta con el nombre de la persona que debía ocupar el asiento respectivo.

Sánchez ocupó su asiento, y lo primero que llamó su atención fué la manera con

que estaban dobladas las servilletas: le pareció muy ingeniosa y se propuso hacer un ensayo con un pliego de papel tan luego como pudiera hacerlo, pues ya le había pasado por las mientes corresponder á Carlos su fina invitación.

Sánchez, colocado entre dos señoras, comprendió que tenía necesidad de no perder movimiento á sus vecinos, para hacer exactamente lo que ellos hicieran en materia de obsequiar debidamente á sus adláteres.

Preocupado con esta idea, se convirtió en autómata imitador de su vecino de enfrente.

—¿Le sirvo á usted de esto? decía éste.

—¿Le sirvo á usted de esto? repetía Sánchez.

—Ofrezco á usted, señorita, un poco de esta jaletina, que me parece la más exquisita.

—Ofrezco á usted, señorita, etc., repetía Sánchez, quien al servir unos pastelitos, no acertó á tomarlos en equilibrio con el cuchillo y los tiró dos veces.

Aunque una de las cosas que había apren-

dido Sánchez desde que enriqueció, era á beber, le pareció que en aquella vez debía estar sobrio y bebió menos de lo que hubiera podido sin parecer mal.

Sánchez ansiaba porque llegara la hora de los brindis, porque en esta materia se creía fuerte, supuesto que en el Tívoli había hecho tan repetidos ensayos, que por otra parte, le habían valido la reputación de exaltado patriota.

La conversación que había empezado con Chona, le hacía pensar en que era preciso al brindar hacerlo de manera de no herir las creencias de aquella familia y á la vez explicar que él, siendo liberal y todo, bien podía ocupar un lugar entre aquellas personas tan aristocráticas.

Efectivamente, Carlos fué el primero que dijo algunas palabras, dando las gracias á sus apreciables convidados.

Este brindis fué contestado por dos de los concurrentes sucesivamente, y entonces fué cuando Sánchez se paró, indicando con su copa en la mano que iba á hablar.

Reinó el silencio.

—¡Señores! dijo: he tenido el honor de ser invitado á esta distinguida fiesta de familia, en la que me ha parecido que es de mi deber manifestar á las personas de distinción que me escuchan, que mis deseos, que los deseos más ardientes de mi corazón.....

Sánchez, que había tropezado en este momento con la mirada de un señor sintió que se le había ido la idea, se le olvidó completamente lo que iba á decir, pero continuó:

—Porque, señores, el engrandecimiento de la sociedad depende..... esencialmente de..... de la unión, de la unión sincera sin distinción..... de colores políticos y sin pasión, sin prevención, y del respeto debido á la opinión.....

Sánchez notó que el consonante en *ón* le había hecho un flaco servicio á su literatura, y doblemente mortificado, continuó:

—Porque yo respeto, señores, las creencias y no exijo que todos los hombres pien-

sen de la misma manera; los destinos de la nación están marcados en el cuadrante del destino.....

Esto del cuadrante del destino lo había aprendido Sánchez de un diputado.

—Porque repito, señores, continuó, que no riñe la cortesía y la buena sociedad, con la idea política, ni con la cosa pública ¡y así! (exclamó más recio creyendo haber hallado un eslabón para preparar el final) y así, repito, señores, que estando unidos los mexicanos, sin la pasión y sin las distinciones odiosas... ¡¡para la prosperidad y el engrandecimiento de la patria!! dijo de repente con el acento propio de una de esas conclusiones lógicas y contundentes, y apuró la copa.

Pero su embarazo no tuvo límites en el momento en que notó, bebiendo todavía, que la mayor parte de los concurrentes no llevaban la copa á los labios, pues los que no tenían á la sazón fija la vista en Sánchez, no habían tenido motivo, al menos en el orden gramatical, para juzgar que el brándis se había acabado.

Sánchez tembló y no se atrevió á buscar miradas á su derredor, porque temió encontrarse con sonrisas significativas.

Salvador, que estaba sentado junto á Chona, le dijo:

—¿Qué dice usted que bárbaro?

El jóven elegante que conocemos, añadió al oído de Chona:

—¿No se lo dije á usted? si este quidam debe haber sido gañan, pero he aquí el fruto de las revoluciones ¡oh! esto es insoportable!

—Y luego que Carlos me lo ha presentado, dijo Chona, de una manera que..... estoy segura..... á este hombre lo necesita mi marido.

—¡Chona! dijo Salvador, ahora la compadezco á usted doblemente; Carlos va á acabar por traer la comuna á su casa de usted.

Salvador apuró una copa.

—Creí que esta noche tampoco bebería usted, Salvador.

—Esta noche sí, por hacer lo que todos hacen y sobre todo, porque.....

—Porque no hay *licorera*.

—¿En la *licorera* consistía?

—Sí.

—Entonces no debo invitar á usted.

—Acepto el equívoco, y yo soy ahora quien invita á la *licorera*.

—¡Ah!..... dijo Chona alargando mucho esta sílaba, tomemos.

—Por..... nuestra salud, dijo Salvador, recalcando las palabras y aludiendo á la enfermedad moral de que habían hablado.

Después de apurar su copa se dirigieron una mirada.

Ninguno de los convidados después de Sánchez volvió á brindar, aunque en la mesa reinaba ya mayor animación, al grado que ya se había introducido ese ligero desorden propio de la cordialidad que debe reinar entre convidados.

Carlos hablaba con algunos banqueros que estaban á su lado, y los dependientes de la casa se afanaban en obsequiar á las señoras.

Entre los dependientes se distinguían no-

tablemente el tenedor de libros, que disfrutaba además de habitación y plato en la casa, un gran sueldo, y era considerado por todos los dependientes y servidumbre como la segunda persona de Carlos.

En cierto momento, Carlos creyó oportuno que la concurrencia se trasladase de nuevo al salón; pero antes de levantarse de la mesa, uno de los dependientes se acercó á Sánchez y le dijo:

—Señor Sánchez, invito á usted á tomar una copa de Champagne.

—Con mucho gusto.

Otros dos jóvenes entre tanto ofrecieron el brazo á las dos señoras que estaban á los lados de Sánchez, quien tuvo ocasión de quedarse en el comedor con algunos jóvenes que se proponían estrechar sus relaciones con aquel personaje, que había tenido la desgracia de parecer *necesario* á aquellas gentes.

Uno de los dependientes, el de menos sueldo, se había acercado á Carlos para decirle:

—Se lo vamos á poner á usted como una seda.

Carlos se sonrió, contentándose con contestar:

—Se los recomiendo.

Sánchez, ya en el centro de un grupo, contestaba con amabilidad creciente los cumplimientos que le dirijían aquellos jóvenes, tomando todas aquellas demostraciones, como nacidas del interés que podía inspirar por sus prendas y por su posición social.

Un criado había llenado las copas y las presentó en una charola.

Sánchez recibió su copa, y una vez los demás con la suya, dijo el más joven:

—Señor Sánchez, tenemos el gusto de tomar á la salud de usted.

—Señores, contestó Sánchez en el acto, por la amistad y por que siempre vean ustedes en mí al amigo leal, al hombre de corazón y de principios que no sabe inclinar su frente sino ante la virtud y la amistad. Señores, la verdadera amistad es una virtud.

—Permítame usted, le dijo un pollo á Sánchez, y llenó de nuevo la copa, todo era espuma.

—Pero quién sabe si el señor Sánchez tendrá mala cabeza, dijo otro.

—No, no señor, al contrario, estoy acostumbrado á beber fuerte: el otro día en la comida que le dimos á D. Benito, tomaría yo..... sí, muy cerca de cuatro botellas de Champagne.

Un murmullo acogió aquella andaluzada.

—No es eso, dijo un joven; lo que hay es que el señor Sánchez no bebe porque no le hemos tocado la fibra.

—¿Qué fibra? vamos á ver, dijo Sánchez.

—¿Me permite usted una confianza?

—¡Ah! sí señor, de muy buena gana.

—Pues que llenen las copas.

—Veremos si acierta usted, dijo Sánchez mientras llenaban las copas y figurándose que le iban á hablar de Ketty.

—Vamos, apuesto, insistió el joven, que ya usted adivinó; ¡ay amigo! todo se sabe, todo se sabe.

—Nada de misterios, agregó un tercero, el señor Sánchez es un hombre franco, según lo que he podido conocer.

—¡Ah! sí señor, interrumpió Sánchez, yo soy muy franco, sobre que es mi pecado.

—Bien, pues entonces ¿digo el nombre? dijo el pollo.

—Sí, que lo diga, dijeron los demás.

—Brindemos, continuó el pollo, por la encantadora Ketty.

Estas palabras las pronunció el pollo bajando la voz.

—¡Ah pícaro! se permitió contestar Sánchez, alegrándose interiormente de que aquel detalle de su vida hubiera salido á luz, porque en concepto del mismo Sánchez, tener una cocota era darse cierto aire de grandeza.

—¡Oh! es una mujer muy interesante, dijo uno.

—Y sobre todo, agregó Sánchez ¡qué corazón! ¡qué alma! ¡qué sentimientos!

—Pues por Ketty, repitió el pollo presentando de nuevo una copa á Sánchez.

—Una palabra; dijo Sánchez, me tomo la libertad de invitar á ustedes todos, señores, á un pequeño almuerzo; suplico á ustedes tengan la bondad de aceptarlo honrándome..... ¿aceptan ustedes?

Los seis jóvenes que rodeaban á Sánchez chocaron sus copas en señal de asentimiento y bebieron.

—Tenga usted la bondad, le dijo al más joven, de escribir los nombres de estos señores en una tarjeta.

—Con gusto, dijo el joven.

Y apuntó los seis nombres en la tarjeta que le presentó Sánchez.

En el salón seguía el concierto, pero como entre el salón y el comedor mediaban muchas piezas, aquel alegre grupo podía hablar con alguna libertad, sin que sus voces fueran percibidas.





CAPÍTULO XIII.

CHONA BAJO LA
INFLUENCIA DE LA MÚSICA Y SÁNCHEZ
BAJO LA INFLUENCIA DEL
CHAMPAGNE.

SÁNCHEZ creyó haber dado un paso conveniente, asegurando sus relaciones en aquel círculo, que se proponía explotar más tarde, á la sazón que los dependientes de Carlos estaban ya seguros de poder disponer de Sánchez en el momento en que lo necesitaran para el ne-

gocio que se iba á promover por la casa cerca del gobierno.

Sánchez, al sentir expansión por su conquista, fué perdiendo su encogimiento y se dispuso á aceptar de lleno aquella situación llena de esperanzas.

Carlos, por su parte, más conocedor y experimentado, se conformó con entregar á Sánchez en manos de los dependientes, pudiendo merced á este recurso dedicarse á oír atentamente las hermosas piezas musicales que formaban parte del halagador programa del concierto.

¡La música! ese elocuente lenguaje de la pasión y del sentimiento, ese idioma que nos ha hecho concebir al angel, que nos ha hecho soñar en que más allá de esta vida ha de haber algo como la música; que nos parece la unión de todos los sonidos que nos han conmovido, como el rumor de las fuentes y de los árboles, como los trinos de las aves; la música, en la que adivinamos suspiros y sollozos y palabras de amor y de esperanza.... ¿de esperanza?.... sí, hay me-

lodías que, excediendo á la significación de cuanto el lenguaje pueda expresar, tienen el poder de elevarnos sobre nosotros mismos como en el principio de un vuelo, cuyo fin se pierde con el pensamiento.

Sí; la esperanza con todo y ser una abstracción, se deja percibir en la música, se hace sentir en una melodía; los poetas han dicho que es un angel, pero á su vez, todos los ángeles son creaciones que nacen en nuestro corazón, porque amamos algo superior á nosotros mismos.

La influencia de la música es una riquísima pauta, es un cosmos de observaciones, y así como hay un mundo invisible, habitado por los seres infinitamente pequeños, hay en el corazón humano un piélago insondable, un mundo también de pequeñas emociones que permanecen ignoradas del observador, como los animales microscópicos.

Nosotros en virtud de ciertos elementos morales que hemos querido bautizar con el nombre vulgar de *Linterna mágica*, tene-

mos el poder de estudiar ese mundo aparte en nuestros propios personajes.

Invitamos, pues, al lector á estudiar á Chona, bajo la influencia de la música, olvidándonos entretanto de que hemos dejado á Sánchez en el comedor poniéndose bajo la influencia del Champagne.

No decimos cuáles, ni en qué pasajes, algunas melodías tocaron algunas fibras del corazón de Chona; pero desde luego diremos que se estableció una relación misteriosa entre Chona, las melodías y Salvador.

Chona empezaba á saborear lo que ni su moralidad, ni su experiencia le hubieran negado ser un crimen amargo; y si alguna vez pudiera comprenderse el símbolo del amor ciego, era entonces; porque Chona se dejaba arrastrar sin esfuerzo, como la barba de pluma por el ámbar, por el encanto de la música, y se dejaba arrastrar indiferentemente al cielo ó al abismo.

El piano, aquel piano del Norte, maravilloso resultado del adelanto mecánico, pulsado por inspirados ejecutistas, acompañado

con la viola, el violoncelo, el bajo, el violín y la flauta, instrumentos todos acordes, preciosos, tocados por Sayas, por Bustamante, Beristain y por Jimenez, formaban un conjunto armonioso, y tal, que llenando toda la onda sonora del salon, repercutían las vibraciones, encontrando como recipientes eléctricos los nervios de Chona.

Chona, la señora grave y aristocráticamente fría, la mujer sin amor, la planta sin flor, estaba bajo la influencia de un genio misterioso que, como un gran maestro escultor, estaba corrigiendo los perfiles de la obra del discípulo.

No sabemos qué correcciones, qué inclinaciones de líneas inexplicables, operábanse en la fisonomía de Chona, pero sus ojos tomaban una expresión nueva de arrobamiento, en sus pupilas había un brillo inusitado y sus labios se entreabrían, como para decir juntas pero inarticuladas mil palabras de amor.

Salvador la miraba, mejor dicho, se extasiaba mirándola, y recogía aquel sobrante

de luz, de sentimiento, de amor, que se desbordaba en Chona.

Esto no era extraño.

Ese amor que nace tarde, que brota entre dos seres que se han visto muchas veces sin mirarse, que se han hablado muchas veces sin comprenderse; ese amor es una verdadera mistificación, y entonces es cuando se comprende ese otro símil que se apropia el materialismo, «el amor es una enfermedad.»

Aceptando el amor como enfermedad moral, no nos cabe duda de que Chona experimentaba esa invasión, no sólo en lo íntimo de su alma, sino en toda su economía, merced á la música.

La admirable combinación de nuestros sentidos y nuestras facultades intelectuales, la sabia subordinación posible de los instintos á la razón, de los deseos al deber, de las embriagueces al buen juicio, constituyen el sér perfecto, la individualidad libre, digna de su prerogativa de pensadora.

Pero ¿y los desvanecimientos, los vérti-

gos, los arrobamientos y los delirios, falange fermentada de causas eficientes que determinan los funestos desequilibrios, las caídas, las debilidades, y las catástrofes?

¡Seamos indulgentes todos los que luchamos en la barca de nuestras dificultades, pilotos de este mar de tan difícil travesía!

En Chona la música determinaba un desequilibrio; sentía y se permitía aceptar la sensación sin discutirla, porque se estaba estableciendo una nueva armonía entre la música y su alma.

La melodía, la voz cantante, se apoderaba de sus sensaciones; y los bajos, el acompañamiento y los llenos de la música, estaban armonizándose con su razón, con su cálculo, y con su juicio; de manera que en aquel conjunto homogéneo, Chona, identificada con la música, no hacía más que sentir, entregada toda á un arrobamiento en el que música y amor se fundían en un solo acento y en una sola sensación.

Este estado excepcional tenía tal presti-

gio, que estaba embelleciendo físicamente á Chona.

Salvador por su parte, cansado de la grande ópera de París y acostumbrado á las grandes reuniones, á los grandes conciertos; amigo de la Patti y de Mario tenía ya todo ese aire de desdén del que viene del centro de la civilización á vivir en México; y si bien no había llegado á ser insensible á la música, ya se había acostumbrado á considerarla como un simple acompañamiento de ciertas situaciones; de manera que no era la música lo que en aquellos momentos le embargaba, sino la mirada de Chona, aquella mirada que sabía transmitir efluvios de pasión, que sabía penetrar al interior del joven descreído, que tenía el poder de fijarlo, como el magnetizador al sonámbulo.

Salvador estudiaba á Chona, y mientras más se fijaba en ella, iba descubriendo nuevos tesoros que á él mismo le sorprendían agradablemente.

—Después de todo, decía para sí, Chona tiene una fisonomía distinguida; yo no sé

qué he dado en verle hace algunos días; me parece como que se va trasformando. No le había visto bien los ojos..... tiene una mirada..... y la nariz, y la boca..... cuando la entreabre como ahora, respira no sé qué perfume. Decididamente Chona es una hermosa mujer..... ¡pobre!..... ya se ve, es mejor que no haya amado nunca, si llegara á amar..... he aquí una floescencia híbrida; me sucedería lo que á aquel jardinero de París que tenía una vieja planta del trópico, y el día que la vió florecer, aquel hombre estaba loco de alegría.

—El mal está en que Chona me conoce mucho; tiene razón, estoy muerto; y sin embargo..... entremos á cuentas.

Y recogióse Salvador en una actitud que era tan propia para concentrarse como un *diletante* á gozar de la música, como para hacer abstracción completa de la música y hacer jardines.

Se pasó la mano por las cejas como acariciándoselas, para poder cerrar los ojos, y pensó:

—Hace muchos días que yo no pienso más que en Chona, este es un hecho; en este momento acabo de verla más bonita que antes, y sobre todo, me escuece á cada momento una idea con que no puedo transijir: Chona me cree inofensivo, le parezco una caja vacía, un estuche desprovisto, un residuo de amante; ¡qué papel tan triste! Aquí de mis conocimientos, aquí de mi letra menuda en materia de seducción..... ¡gastado! gastado ó no, valgo lo que siempre he valido, es necesario que Chona me ame. Decididamente, voy á probarle que no he muerto.

Después de este soliloquio Salvador levantó la frente; la sinfonía tocaba á su fin.

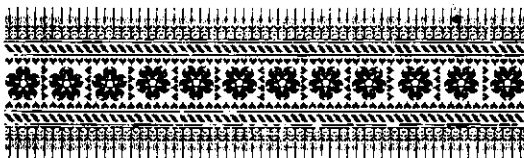
Salvador encontró aún la mirada de Chona, pero entonces él se fijó en la mirada, la aceptó no ya como indiferente, sinó como el dueño de ella, al grado que Chona bajó los ojos.

—¡Todavía se me siente llegar! dijo para sí Salvador con no menos fatuidad que aplomo, y con no menos aplomo que esperanza.

Hemos dejado á Sánchez entregado á los dependientes de la casa y formando un grupo en el comedor, al parecer muy poco afecto al divino arte de la música.

Sánchez, como se comprenderá, no se hizo rogar para apurar, una á una, cuantas copas de Champagne le ofrecieron, pues encontrándose en un círculo más adaptable para él, perdió de una vez su encogimiento y bien pronto estuvo completamente bajo la influencia alcohólica; circunstancias que nos inducen á tratar tan importante materia en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XIV.

LA EMBRIAGUEZ.

EL hombre, que alternativamente se siente rey del mundo ó naufrago perdido, padece con notable frecuencia una enfermedad rara.

Siente su insuficiencia.

Los resultados de una educación imperfecta, la ignorancia y el natural encogimiento de todo el que se encuentra coartado por los reproches de su conciencia, pone al hombre en el peligroso predicamento de

recurrir á una modificación física y moral que se llama embriaguez.

Desde que el hombre pudo descubrir que su sér moral es susceptible de modificarse por influencias físicas, creyó haber encontrado en el alcohol un elemento maravilloso.

Allí donde el hombre encuentra que su razón no le basta, es el punto en que acepta el embrutecimiento, prefiriendo retroceder hasta la insensatez, á seguir luchando con su inteligencia fatigada.

Entre todos los animales, el hombre es el único que se embriaga y el único que se suicida.

La embriaguez es el suicidio de las almas mezquinas.

Nacer, ofreciendo el maravilloso organismo del cuerpo humano como recinto de ese *yo* incorpóreo y eterno, llegar á sentir el poderoso impulso de la razón, llegar á medir el universo con el poder de la inteligencia, reinar, dominarlo todo y penetrar en el vastísimo campo de las maravillas de la creación; tener todo este caudal, todo

este tesoro de luz y de poder, para apurar en seguida á manera de tósigo un litro de alcohol y descender desde el pedestal del sér pensador y libre hasta ese recinto de sombras y de vértigos en donde alientan el loco y el calenturiento, el insensato y el bruto, es la más estupenda de las barbaridades, el acto más criminalmente atentatorio y el más cobarde de los suicidios.

Todas las almas débiles, todos los cobardes y todos los criminales propenden á ese embrutecimiento, para probar si entre las luces perennes que se apagan en el alcohol la conciencia siquiera se adormece.

El débil, al echar de menos la suma de poder, la suma de saber que necesitaría en la liza humana para representarse á sí mismo competentemente; desesperado de no hallar lo que le falta, lo busca en el fondo de un vaso, y al experimentar los primeros síntomas del envenenamiento alcohólico, cuando merced á la excitación de ciertos ramos nerviosos y á la inflamación de ciertos tegidos siente dislocarse una rueda de su

preciosa máquina, los engendros de esa descomposición se presentan bajo la forma de una expansión grotesca, y el ébrio con la mirada brilladora prorumpe estrujando la prosodia de las palabras y perdiendo su encogimiento habitual; no se acuerda de que todo lo ignora, y cree saberlo todo y enseña al pensador, ya sin los velos de la modestia, sin las pausas del miedo, sin las vacilaciones del tímido, sin las reservas del buen juicio, toda su alma, todo su sér moral, en toda la desnudez de su impotencia, de su ignorancia y de su nulidad.

El hombre entonces creyendo ocultarse su insuficiencia y su cobardía, no hace más que disfrazarse con la ropa de sus propios defectos, ocultándose de sí mismo para que lo conozcan todos.

Tal es la embriaguez, tal es el contraproducente principio de buscar, en una enfermedad física, el remedio de las insuficiencias ó la curación de males morales de un origen puramente moral.

Esta funesta enfermedad tan generalizada

en el mundo, tan favorecida por el comercio, tan en boga en la época presente, tiene un sinnúmero de cambiantes, y su sintomatología es interminable.

La guerra, ese formidable enemigo de la humanidad, esa hidra destinada á escupir en la frente de la fraternidad universal, es la primera que ha recurrido al útil recurso de envenenar á sus cadáveres mientras pueden moverse, como el gallero que explota el coraje de su noble animal jalándole las barbas.

La conciencia humana es como el sol; siempre tiene una hora en que acierta á penetrar á un punto para señalar el meridiano.

El criminal pretende tapar ese objetivo con alcohol; pero al despertar de su atonía siempre se encuentra á la verdad sentada frente á sus acciones, inflexible y severa; siempre escucha después de su aturdimiento pasajero el formidable grito de su conciencia.

Estudiemos ahora los síntomas de la embriaguez en Sánchez, á quien nos preciamos de conocer perfectamente; hay más, como

saben ya nuestros lectores, tenemos el poder mágico de penetrar en su interior.

Sánchez, cuando era bueno y pobre no bebía. La primera vez que Sánchez habló en público después de haber preparado su discurso, le faltó una cosa: cognac.

Tomó cognac y no tuvo miedo, y merced á este descubrimiento, Sánchez siguió bebiendo

Ingresó á ciertos círculos, formó parte de ciertas combinaciones, y Sánchez se encontró siempre más expansivo y más locuaz, si se aplicaba por vía de aguijón de su timidez cierta dosis de cognac.

Sánchez era de los borrachos que saben contenerse en ciertos límites, merced á que el estrago del envenenamiento lo invadía lentamente.

No hubo circunstancia extraordinaria de su vida, no hubo lance, pendencia, conquista ó determinación arriesgada que no hubiera sido precedida de su estímulo favorito.

La locución de Sánchez se hacía difícil cada vez que se acordaba de su propia ignorancia en materia de idioma, y tales re-

cuerdos fatales le hacían vacilar sobre algunos escollos, precisamente porque temiéndolos, no encontraba en su saber noción alguna para salvarlos.

Cuando Sánchez pensaba mucho hablaba mal; pero cuando no se acordaba de que no sabía nada, entonces tenía cierta facilidad y cierto aplomo para no pararse en escrúpulos de lenguaje.

En este temple había empezado á ponerse en el círculo de los dependientes, en el cual, dando rienda suelta á su flujo de hablar, no cesó de hacerlo un solo instante.

Solo que Sánchez no tenía más que una materia completamente á sus órdenes, y esta materia era la historia de la última revolución, y como á ésta debía su sér político y social, se había acostumbrado ya á narrar los acontecimientos con una naturalidad que alucinaba un tanto á sus oyentes, á quienes entretenía largamente con una lección aprendida de memoria y relatada multitud de ocasiones.

De manera que Sánchez dijo casi todo lo

que sabía, defendiéndose por medio de sus largos parlamentos de descubrir su ignorancia en otras materias.

Poco antes de concluir el concierto, Sánchez volvió al salón en compañía de los dependientes, recibió de nuevo los cumplimientos de Carlos, y al fin, poniéndose á los piés de Chona, se retiró muy satisfecho, pensando en que aquella *casa fuerte* podía muy bien sacarlo de apuros el día que menos lo esperase.

Al volver á su casa encontró todavía en ella á la visita cotidiana de Amalia, á Ricardo, quien á su vez había logrado llamar ya la atención de Sánchez por la asiduidad de sus visitas.

En el momento en que Sánchez se había separado del comedor de Carlos acababa de tomar ese trago final, que, sobre los anteriores, viene siempre á colmar la medida y á determinar la embriaguez.

Al entrar á su saloncito notó Sánchez que la lámpara colocada en la mesa del centro había hecho una genuflexión, ni más ni me-

nos que una persona, y todos los muebles tapizados de rojo habían jirado de derecha á izquierda, como formándose á su derredor.

Sánchez era el que había dado un pequeño giro para dirigirse de la puerta lateral al estrado, pero perdió la conciencia de este movimiento y resultó para él, que los muebles y las paredes eran las que habían cambiado de posición.

Se sentó en un sillón, poniendo más cuidado del que se requiere para ejecutar esta operación sencillísima, y pronunció un «buenas noches» más acentuado y preciso de lo que se necesitaba.

Antes de perderse todo para el borracho, se establece en su interior una lucha heroica de la razón contra el ofuscamiento.

Le estaba pareciendo á Sánchez que cada sílaba era un escalón; pero se consideraba con la fuerza suficiente para subir uno y veinte y más que se le presentaran; estaba en ese periodo de la embriaguez en el que la dificultad de entenderse á sí mismo, se le atribuye á los demás, y resulta un

hombre haciendo un esfuerzo tan poderoso como inútil, para que le entiendan lo que nadie tiene dificultad de entender.

—¿Fuma usted, caballero? dijo Sánchez buscándose la cigarrera en la bolsa del chaleco y después en la del sobretodo; se paró para poder registrar mejor y dijo:

—¡Adios! pues dejé mis cigarros..... sí señor..... dejé mis cigarros..... en la casa de Carlos mi amigo, los dejé..... allí he dejado mis cigarros, en la casa.....

A Sánchez se le estaba olvidando que debajo del sobretodo estaba el frac y en el frac los cigarros.

Ricardo le ofreció cigarro, y al dárselo, Sánchez abrió los dedos tanto cuanto los hubiera abierto para coger un vaso; se volvió á sentar y pretendió deshacer las cabezas del cigarro; pero esta operación empezó á parecerle muy difícil.

—Estos cigarros están pegados..... ¡vaya!..... pues están pegados..... ¡cosa rara! ¡pegados! vea usted, señor, este cigarro está pegado: vamos á ver, dígame usted si este

cigarro no está pegado; pero completamente pegado; parece un trinquete; está pegado, lo que se llama pegado, como si fuera un jis...

Ya Ricardo había encendido un cerillo y Sánchez encendió el cigarro sin intentar componerlo, siguiendo la regla sabidísima de un borracho de profesión, que en materia de luces decia haberle demostrado su experiencia que, de tres luces que ve el borracho, la de en medio es la segura.

Ricardo, después de un momento de embarazoso silencio, optó por retirarse. Se despidió con naturalidad y salió de la sala.





CAPÍTULO XV.

SÁNCHEZ HACE PARTÍCIPE Á AMALIA DE LAS DULZURAS DEL VINO DE CHAMPAGNE.

SÁNCHEZ dirigió una mirada, una larga mirada de borracho á Amalia, y en seguida dejó caer una mano como de plomo en la sedosa falda de aquella mujer, que se estremeció al sentir el golpe inesperado.

—¡Qué bonita estás, Amalia! dijo Sánchez acercando su cara á la de Amalia para bañarla con la aldeida de la embriaguez.

—Mira, continuó Sánchez, es una lástima que te visite ese mequetrefe..... No te ofendas, Amalia..... pero es una lástima.....

él me dió este cigarro que no arde.....

Sánchez tiró el cigarro y continuó:

—Los cigarros de *ese* no arden, los míos sí; porque tengo muchos pesos que me ha dado la nación por mis importantes servicios..... porque yo he andado en la revolución para elevar..... para que suba este indio á quien amo..... porque ya lo sabes..... yo amo á don Benito, Amalia, y ahí lo tienes de presidente de la república mexicana.

Reinó en seguida un silencio soporoso, durante el cual no se oía más que la fatigosa respiración de Sánchez.

—¿Qué hora es? preguntó Amalia.

—Sácame el reloj y mira tú, Amalia..... no te ofendas..... porque la verdad tengo la vista un poco turbada, turbadita, Amalia; quiere decir, así..... como..... yo no he tomado mucho, y tengo muy buena cabeza; pero: ¿creerás, Amalia, que no sé qué tenía el Champagne?

En ese momento daba la una la campana del reloj de la sala.

—¡Vaya! exclamó Sánchez, atisbando de

una manera grotesca el reloj de bronce; ese sí no tiene la vista turbada..... ni la campanilla tampoco.

Y Sánchez rió de su propia gracia, con una risa de idiota.

Ya estaba atravesando Sánchez por ese período de excitación, en el que los objetos materiales toman cierto realce como si crecieran en tamaño; experimentaba esa lucidez febril que lo reviste todo de una luz intensa, y que en el orden moral engendra este otro fenómeno:

Todas las ideas entran en la esfera de la hipérbole, y nada queda en su justo medio.

De aquí nace la tendencia del borracho á parecer valiente, porque cuando los gases alcohólicos están excitando ciertos órganos, el borracho cobarde siente un placer nuevo al descubrirse valiente; el tonto se sorprende de esa misma lucidez, que en su propio concepto lo hace aparecer afluente y decididor; el enamorado siente avivado el fuego de su pasión, y la belleza del objeto amado toma nuevo encanto.

Por este estilo son las elucubraciones que se producen á merced de ese fuego fátuo que nace de la excitación alcohólica.

Sánchez sentía todo esto en presencia de Amalia, y estaba á punto de romper el velo de sus reservas, para afrontar con la indiscreción de un borracho cuestiones delicadísimas.

Sánchez tenía, ya hacía tiempo, para su colete, que Ricardo enamoraba á Amalia; pero había sabido ahogar, hasta entonces, la punzante desazón de este celo, en una compensación: en la cocota.

Infiel, antes que Amalia, había preferido no ver ni oír para que á él no lo vieran ni lo oyeran; y tal sistema, según él mismo decía, le conquistaba, cuando menos, la paz.

Pero en aquellos momentos estaba mirando á Amalia más hermosa, más interesante, y con los atractivos que su imaginación exaltada le prestaba.

—Ya te he dicho, Amalia, que estás bien; quiere decir, que te estoy viendo más bonita ahora..... y no es porque tenga nada..... no;

ya sabes que tengo muy buena cabeza, y..... y lo que he tomado es un traguito nada más..... no te negaré que me siento más expansivo..... pero ya sabes que esto es por.... es por tí..... ¿Tengo razón?

—Sí; murmuró Amalia, solo con el deseo de no contrariar á Sánchez.

—¡Ay! qué *sí* tan frío!..... y eso sí no lo puedo tolerar, porque lo que es á ese mequetrefe que te visita, lo echo por el balcón el día menos pensado; ¡júralo!..... lo tomo por la cintura y cataplum.... hasta la calle..... esto es una cosa muy sencilla.

Siguió Sánchez repitiendo estas palabras por medio de ese sistema peculiar del borracho que gira en un estrecho círculo, como si el limbo del embrutecimiento fuera invadiéndolo todo para dejar solo en su centro una pobre idea girando sobre sí misma, como la llama de una lámpara espirante.

Amalia, que aún conservaba las violentas impresiones de la larga conferencia que acababa de tener con Ricardo, contemplaba á Sánchez en los momentos más á propósito

para hacer la más desfavorable de las comparaciones.

Toda contrariedad determina la obstinación y la cólera en un cerebro exaltado, y la impasibilidad de Amalia comenzaba á ser para Sánchez motivo suficiente para excitar su furor; de manera que algunos momentos le bastaron para entrar en este nuevo período.

Se levantó de su asiento con un vigor de que no se le hubiera creído capaz, y sin vacilar se paró frente á Amalia para insistir en sus reconvenciones de una manera brusca y descompuesta.

Amalia comprendió que iba á tener lugar una horrible escena, y procuró revestirse de toda la resignación de que era capaz; pero Amalia no tenía ningún camino, no salía avante con ningún recurso, no encontraba nada que pudiera calmar la ira de Sánchez, á quien exaltaban tanto el silencio como la prudencia, tanto la lógica como las concesiones; y si Amalia profería una palabra, si expresaba una idea, esta idea era tergiver-

sada é interpretada por Sánchez, que se obstinaba en enredar un hilo que Amalia no podía romper.

En vez de acercarse, se alejaba más y más del período de la postración, y sobreexcitado su sistema nervioso, Sánchez se había colocado en la situación moral del demente.

Estaba pálido, sus ojos brillaban de una manera extraña y su mirada, lejos de estar vacilante y opaca como al principio, tenía una fijeza febril que no se podía contemplar con indiferencia.

Al llegar á este término, había perdido la conciencia de su propia embriaguez; se había desprendido del origen y no tenía ya la facultad de juzgarse á sí mismo; estaba entregado completamente al objeto que lo preocupaba, cobrando más y más vigor á medida que entraba más al fondo de sus mismas ideas.

Un hombre en este terrible estado de enagenación, impresiona vivamente al que lo contempla.

Las facultades que constituyen el sér moral, que son parte de ese espíritu que no ha de perecer, pierden, al influjo de una lesión material, la admirable armonía que las une, para convertirse en las cuerdas flojas de un arpa ó en las ruedas de una máquina descompuesta que no llena su objeto.

Amalia fluctuaba entre la contrariedad y la ira, entre la resignación y el sufrimiento; y solo después de una terrible lucha de algunas horas, cuyas escenas se resiste á escribir nuestra pluma, fué cuando pudo contemplar en medio de un triste consuelo, que Sánchez al proferir una de sus más feroces imprecaciones, cayó á plomo sobre el sofá como si todas sus fuerzas lo hubieran abandonado de pronto, como si hubiera sido herido por una descarga eléctrica.

Amalia contempló todavía por algunos momentos aquella masa inerte, y convencida de que habían de pasarse algunas horas para que Sánchez despertara, salió lentamente de la pieza.

Necesitaba respirar otro aire, y compren-

diendo que ya estaba sola y que podía entregarse sin testigos á sus amargas reflexiones, atravesó algunas piezas hasta llegar á la asistencia.

Ardía aún una vela en un candelabro; don Aristeo envuelto en su capa parda estaba sentado en su sillón favorito, y Felipa estaba frente á él en otro sillón.

Don Aristeo hizo un movimiento al presentarse Amalia; pero Felipa permaneció inmóvil: estaba dormida.

—Serán las cuatro, dijo don Aristeo muy bajo y torciendo la cabeza como tenía de costumbre.

Amalia se apoyó en un mueble, porque experimentó un desvanecimiento.

—¿Está usted mala? preguntó don Aristeo, incorporándose.

—No, dijo Amalia, necesito aire.

—¡Cuidado con eso! vea usted que las pulmonías.....

Amalia atravesó la pieza dirigiéndose á la puerta: ésta había permanecido entera-bierta, con objeto de que las voces de Sán-

chez y de Amalia entraran por allí cómodamente.

Don Aristeo salió en seguimiento de Amalia hasta el corredor.

—¿Se durmió por fin? preguntó don Aristeo.

—Sí.

—¡Ah qué mi compadre!..... Y vea usted, antes no era así, pero yo no sé qué tienen hoy las gentes; si casi no se conoce una persona que no le cuente á usted que *se la pone* seguido.

Amalia permaneció callada.

—Pero en fin, usted no debe hacerle caso cuando se pone en ese estado, porque ya sabe usted que así no sabe uno lo que hace.

—Lo peor es, continuó al cabo de un rato, que á mi compadre le dá por enfurecerse; si es una fiera, lo he estado oyendo, y pensaba, como es muy natural, que no debía recogerme supuesto que de aquella disputa sabe Dios lo que resultaría.

—Tiene que resultar algo muy grave, dijo Amalia pudiendo apenas contenerse.

—Yo ya se lo dije á mi compadre; y cuidado si le he predicado; vamos, que yo no sé cómo se ha podido alucinar al grado de.... Usted por su parte debe tener en cuenta que es imposible, absolutamente imposible, que pueda inspirar amor una mujer semejante.

—¿Qué está usted diciendo?

—Eso, que es imposible.

—¡Don Aristeo! exclamó Amalia en tono de reconvención.

—Digo..... continuó don Aristeo turbado, que..... figúrese usted que la mujer que es capaz de dejarse traspasar como un mueble...

—¿Estoy sentenciada esta noche á sufrir injurias de todo el mundo? dijo Amalia en el colmo de la indignación.

—¡Injurias! repitió don Aristeo; injuriar á usted..... no comprendo!

—¿Entonces de qué mujer está usted hablando?

—¡Ah! tá, tá, tá, usted tomó..... vaya..... ¿conque usted?..... ¿pues de quién había yo de hablar sino de la cocota, á quien no he podido olvidar un solo momento?

—¿La cocota? preguntó á su vez Amalia con extrañeza.

—Sí, Amalia; sobre que estoy escandalizado, materialmente escandalizado, porque yo no sabía ninguna de estas modas de París.

—No entiendo lo que me está usted diciendo, don Aristeo, y temo seguir interpretando sus palabras de una manera muy poco favorable.

—¡Vaya! conquie yo, que ya soy viejo y que he tenido mi mundo, no lo podía entender tampoco!

—¿Entender qué?

—Eso del traspaso, y sobre todo, de que esas mujeres se dejen llevar y traer..... ¡vaya! sobre que estoy, según lo he dicho á usted, verdaderamente escandalizado.

—Señor don Aristeo, ruego á usted se sirva hablar claro, porque tengo el sentimiento de no entenderlo á usted.

—Sírvasse usted calmarse y procuraré ser lo más claro que me sea posible.

—Pues señor, continuó don Aristeo, el caso

pasó así: Manuel, usted conoce á Manuel, se fastidió un día de la cocota y se la dejó á mi compadre.....

Un mundo de ideas se vino á las mientes de Amalia, porque en aquel momento ataba muchos hilos, corroboraba muchas sospechas y encontraba de lleno si no una disculpa, al menos una compensación á la infidelidad que estaba próxima á cometer.

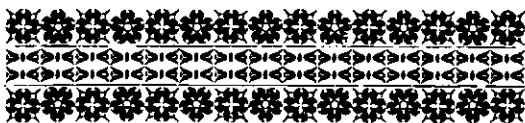
Ricardo le había exigido á Amalia aquella misma noche, una resolución que pusiera término á sus ansias amorosas, y Amalia, que había empezado á familiarizarse con sus propias ligerezas, había retrocedido ante la idea de faltar á sus deberes.

Debemos confesar en honor de Ricardo, que sabiendo, como sabía todo México, la historia de la cocota de Sánchez, no blandió esta arma innoble para obligar á Amalia á decidirse; pero lo que no había hecho el amante, acababa de hacerlo el querido compadre de Sánchez, quien efectivamente estaba de tal modo preocupado con la historia de la cocota, que no pensaba en otra cosa,

ni quería hablar sino de la honda impresión que le había causado la conducta de aquella americana; conducta que, lejos de hacerla odiosa y despreciable, le atraía postores que, como Sánchez, pagaran trescientos pesos al mes por apreciar sus prendas morales.

Amalia, con esa sagacidad y tino de que solo es capaz una mujer, creyó conveniente guardar cierta reserva acerca de lo que le contaba don Aristeo, quien, como se habrá comprendido, atribuía el reciente disgusto al único motivo que según él había de determinar en la casa todo género de calamidades: la cocota.

No fué muy difícil á Amalia conseguir que don Aristeo la pusiera al tanto de cuanto sobre el particular podía decirse, al grado que solo el canto de algunos gallos y cierto fulgor blanquecino que se empezaba á percibir en el cielo, pudieron cortar aquel relato que, según todas las apariencias, iba á acabar por volver loco al pobre compadre don Aristeo.



CAPÍTULO XVI.

DON ARISTEO Y LA COCOTA.

SÁNCHEZ durmió hasta la una del día.
Amalia salió de su casa á las nueve y media, dejando avisado que no se la esperase á comer.

Don Aristeo y Felipa siguieron hablando de la cocota en la asistencia, cada uno en su sillón.

—¡Vaya! ¡vaya con la impresión que me ha hecho á mí ese negociado, doña Felipa!

—¿Qué negociado?

—El de la cocota.

—No piensa usted en otra cosa.

—Y lo peor es, que mientras más pienso, menos lo entiendo y me estoy viendo tentado de una cosa.

—¿De qué cosa? ¡Ave María Purísima! Don Aristeo, ¿de qué cosa se está usted viendo tentado?

—No, no se alarme usted, doña Felipa, no quiero más que esto.

—¿Qué?

—Conocerla.

—¿Y para qué?

—¿Cómo para qué? para juzgar con mis propios ojos *eso* que debe tener esa mujer, ese privilegio exclusivo, esa cuadratura del círculo de á trescientos pesos mensuales en billetes de banco.

—¿Pero para qué se vá usted á meter en esas cosas, señor don Aristeo? ¿No considera usted que una mujer de esas ha de estar naturalmente excomulgada? porque de seguro no es cristiana.

—¡Qué cristiana vá á ser, doña Felipa! empiece usted porque es muy güera.

—Sí, eso ya lo sé; tiene el cabello casi blanco.

—Eso es lo que yo digo, esa mujer no ha de ser como todas, es seguro que tiene algo.

—En cuanto á lo demás, continuó Felipa, doña Ceferina que la conoce ya, dice que es bonita, pero que no le parece tanto como dicen.

—No lo crea usted, doña Felipa, esas son cosas de doña Ceferina, porque como ya no ve bien.....

—¡Ah! pues usted tampoco tiene muy buena vista que digamos, especialmente para conocer á las gentes; es usted muy mal fisonomista.

—No lo crea usted, doña Felipa; si yo encontrara un medio para acercarme á la cocota, le aseguro á usted que no le perdería detalle ni circunstancia hasta convencerme de lo que quiero.

—¿Y qué sacaría usted de todo eso?

—No, lo que es de sacar.... pero vea usted, doña Felipa, siempre es bueno saber y no que le cuenten á uno.

—¡Vaya! dijo doña Felipa como inspirada por una idea súbita; ya que tiene usted tanto empeño en acercarse á esa.... mujer de mis pecados, y que no le teme usted á la excomuni6n, sería bueno ver si de paso hacemos una cosa bien hecha.

—¿Cuál, doña Felipa?

—Quitarle á mi hermano ese quebradero de cabeza.

—Y ese gastadero de pesetas.

—Y esa inmoralidad.

—Y el escándalo.

—Y la ruina; porque mi hermano se arruina.

—Irremisiblemente, doña Felipa, júrelo usted.

—¿Pues qué le ocurre á usted?

—¿Qué sería bueno hacer? ¿con qué pretexto pudiera yo presentarme en su casa?

—¡Ah! ya caigo.

—¿Con cual, doña Felipa? ¿con cuál? veamos.

—Mi hermano no sale hoy.

—Es cierto, hoy es día de jaqueca, y si

acaso á la noche será cuando se vaya encaminando.....

—Pues bien, vaya usted á verla con pretexto de avisarle que mi hermano está enfermo, y una vez allí y para que no descubra á usted con mi hermano, le dice usted que la visita es á excusas de él y.....

—Etcétera, yo me introduciré, yo haré de modo..... no tenga usted cuidado, doña Felipa. Está decidido, voy, voy sin pérdida de tiempo.

—Vaya usted.

—¿Y si conseguimos que mi compadre se desimpresione?.....

—Figúrese usted qué triunfo para nosotros.

—Va á creer doña Ceferina que es obra de la novena que está andando por esta desgracia. Es seguro, figúrese usted que doña Ceferina la pobre.... es tan fanática.

—Conque voy, voy en el acto, solo que.... lo que siento es tener que ponerme camisa limpia..... porque en fin..... ella será todo lo que se quiera, pero supuesto que es una per-

sona limpia... porque yo supongo que ha de ser muy limpia, ¿no es verdad doña Felipa?

—¡Ah! por de contado, con trescientos pesos cada mes cómo no ha de ser uno limpia! que me den á mí la mitad y verá usted como ando toda la semana, albeando.

—Ya se vé. Conque.... voy á vestirme, doña Felipa.

—Bueno, bueno, vaya usted pronto.

A poco rato volvió á presentarse don Aristeo.

—¿Qué hay? preguntó doña Felipa.

—Nada, que..... ¿me hace usted favor de pegarme este botón?

—Con mucho gusto.

—¿Y usted tiene curiosidad por conocerla, doña Felipa?

—¡Vaya! si estoy como usted, y no sé qué hacer para conseguirlo; y luego que como esa extranjera, supuesto que es tan güera y todo, no ha de ser cristiana, no hay modo de verla en la iglesia.

—¡Vaya! qué iglesia! para el infiernote que se ha de mamar la mi señora.



Pero va V. á rabiár con esos botines D. Aristeo.



—Eso es seguro..... aunque vea usted, don Aristeo, en eso hay de todo, bien puede ser que se arrepienta á tiempo.

--Eso sí, si es á tiempo.....

—Ya está pegado el botón.

—Dios se lo dé á usted de gloria. Iré de negro, ¿no le parece á usted, doña Felipa?

—Sí, es lo natural.

—¿Y será cosa de guantes?

—Vea usted... siempre no será malo, porque ella ha de tener guantes.

—¿En su casa?

—Como dicen que gasta mucho lujo!

—En fin, llevaré mis guantes amarillitos.

Después de una hora, apareció don Aristeo otra vez en la asistencia: se había afeitado, estaba vestido de negro y se había puesto unos botines de charol que tenía guardados hacía seis meses, porque le habían lastimado horriblemente los callos.

Felipa examinó á don Aristeo de piés á cabeza.

Pero va usted á rabiarse con esos botines, don Aristeo.

—¿Por qué?

—¿Son aquéllos....

—Sí, son los mismos, pero han dado de sí, ya no me molestan.

Don Aristeo estaba mintiendo descaradamente, á juzgar por la manera con que tenía puesto el pié izquierdo sobre la alfombra; casi no pisaba.

—¡Ay! exclamó doña Felipa, ¿qué es lo que huele?

—Es el alcanfor; yo pongo alcanfor entre mi ropa para que no se pique.

—¡Ah! pues eso es fatal, es capaz de no recibir á usted esa.... esa señora, si va usted oliendo á alcanfor.

—¿Qué hacemos?

—Voy á ponerle á usted agua de Colonia.

Felipa trajo un frasco y roció á don Aristeo á toda su satisfacción.

—En fin, ahora con el aire libre acabará de quitarse el mal olor.

—Dios se lo pague á usted, doña Felipa. Conque si mi compadre pregunta por mí, le dice usted...

—Sí, que tuvo usted que hacer; bueno, hasta luego don Aristeo.

—Hasta luego, doña Felipa.

Ya había andado don Aristeo algunos pasos cuando le dijo Felipa:

—Don Aristeo, oiga usted.

—¿Qué?

—¡Cuidado! añadió Felipa riéndose; cuidado como se vá usted á enamorar de la cocota!

—¡Vál ¡vál qué doña Felipa tan cando-rosa!

—Es que.....

—Es que voy prevenido.

—¿A ver?

—Mire usted.

Y don Aristeo sacó de la bolsa un rosario, del que pendían varias medallas y cruces y especialmente pequeñas bolsitas bordadas con chaquira y que contenían reliquias de un prestigio y un poder ilimitados.

—¡Ah !pues con eso..... dijo Felipa, no sin burlarse interiormente de don Aristeo.

Felipa se quedó pensando en la entre-

vista que iba á tener lugar, mientras que don Aristeo, apenas salió de la casa, empezó á cojear.

A poco andar, exclamó:

—¡Malditos botines! ¡válgamé Dios! á lo que expone á uno un animal de estos traídos de París. Si mi compadre llega á saber que he visitado á su cocota, ¡adiós! se armará una zambra..... Pero no, bien puede ser que no se arme nada; mi compadre se tiene por hombre muy civilizado.

A don Aristeo no solo le iban haciendo sufrir los botines, sino que le raspaba el cuello de la camisa, é iba notando que su levita negra le apretaba de la sisa: hacía mucho tiempo que no se la ponía; no obstante, todas aquellas mortificaciones eran otros tantos avisos que le despertaban la presunción, y al pasar frente á una vidriera ó frente á una peluquería, no dejaba de mirar de reojo su imagen retratada de cuerpo entero.

—Estoy bien acabado, se decía; pero en fin, vestido, todavía no estoy tan mal: creo

en todo caso que mi figura no me expondrá á que esa señora me haga una grosería.

En don Aristeo se había operado una verdadera revolución: jamás había sentido más punzante el aguijón de la curiosidad; nada le había hecho más impresión en su vida, como la noticia de que hubiera mujeres que se dejasen alquilar, según expresión del mismo don Aristeo: no le cabía en el juicio, ya no tanto que las hubiera, sino que de buenas á primeras encontraran hombres que, como su compadre, no vacilaran en pagarlas tan caras.

—Si no será mujer!..... pensaba don Aristeo; pero eso no puede ser, porque lo que es á mi compadre, en esa materia no le dan gato por liebre.

Andaba don Aristeo absorto en sus cavilaciones y deseando y temiendo al mismo tiempo que se acercara el momento de ver á la cocota, hasta que llegó á la calle en que vivía; pero como don Aristeo era corto de vista, recorrió dos veces la calle por una y otra acera sin encontrar el número 10.

—Vamos, exclamó, decididamente en esta calle no hay número 10. Este es un chasco; doña Ceferina ha equivocado el número á propósito, ó tal vez la calle ¿qué haré?

Don Aristeo estaba tan preocupado, que había dicho casi en voz alta estas palabras, y como aunque el hablar solo no tenga nada de particular, esto siempre es una cosa que llama la atención.

Uno de esos muchachos vagamundos que salen deseando fijarse en algo nuevo, lo había estado observando: y á la sazón que don Aristeo hablaba solo, el vagamundo se había parado frente á él fijándole una mirada escudriñadora.

Don Aristeo sacó sus anteojos con objeto de hacer un nuevo examen, fijándose más detenidamente en el número de cada puerta.

Tan luego como se puso á andar el vagamundo le siguió colocándose á su lado, porque para aquel muchacho empezaba á ser aquello un lance divertido, y aún deseaba entablar conversación con aquel señor

que le parecía, según todas las trazas, un loco manso.

Con objeto de llegar á ser interpelado, el vagamundo se rozaba con don Aristeo y no le perdía movimiento: llegó don Aristeo á la última casa, y al ir á atravesar la calle para recorrer la acera opuesta, tropezó con el muchacho, que dió un traspies y exclamó:

—¡Ay! señor, por poco me tira usted; ¿qué no vé?

—¡Adios! exclamó para sí don Aristeo, este chico me va á armar camorra.

—Perdona, hijito, no te ví,

—Usted no ve nada, ni los números.

—¿Ni los qué?

—¿No anda usted buscando números?

—Sí el número 10.

—¿Qué 10? si aquí no hay 10.

—Eso es lo que me desespera.

—¿Busca usted al médico?

—No.

—¿A la partera?

—No.

—Yo conozco á todos los de la calle; ¿al licenciado?

—No.

—¿A don Juanito Gómez?

—No; á ninguno de esos; ¿dices que tú conoces á todos los de la calle?

—Sí, señor amo.

La palabra *amo* era ya la solicitud manifiesta de una propina.

—¿Quién vive en el 8?

—Es la casa de la Purísima, viven la partera, la....

—¿En el número 7?

—El licenciado.

—¿En el 6?

—Don Juanito; en el 5, los españoles del empeño.

—¿En el 4?

—Un padre; ¿busca usted al padrecito?

—No.

—Pues en el 2 vive el médico, y el 1 está vacío.

—¿Y por qué te saltas el 3?

—¡Ah!..... dijo el muchacho riéndose.

—Vamos á ver ¿por qué te saltas el 3?

—Porque usted no ha de ir allá.

—¿De qué lo inferes?

—Como allí vive.....

—¿Quién?

—Una persona que..... yo no creo que usted la busque.

—¿Por qué?

—Porque es *arañita*.

—¡Cállate, muchacho! y no seas quita-créditos; ¿qué sabes tú de eso?

—Quiero decir, ella es muy guapa, y es güera; pero no por eso deja de ser *arañita*.

—No andes diciendo eso, ¡qué sabes tú!

—¡Ah qué señor! ¿á qué va usted allá?

—Vamos, vamos, muchacho; ve, ve á comprar tus tronadores ó tus dulces; toma, toma este realito y múdate; vé con Dios, hijito, ve con Dios.

El muchacho se separó de don Aristeo, en dirección opuesta, pero para observar más á sus anchas.

Iba don Aristeo á entrar en la casa núme-

ro 3, cuando de manos á boca dió con doña Ceferina.

—¡Señor don Aristeo de mi alma! ¿qué milagro es verlo á usted por mi barrio?

—Que quiere usted, doña Ceferina, aquí dando vueltas. ¿De qué se rie usted?

—De nada; vea usted lo que son las cosas, nos hemos venido á parar en la lumbre.

—¿Cómo en la lumbre? ¿por qué?

—Estamos en el 3.

—¿Y qué?

—Que aquí vive.

—¿Quién?

—La americana.

—¿No decía usted que en el 10?

—Yo nunca he dicho semejante cosa, porque ni los hay en esta calle.

—¿Conque aquí.....

—Sí, aquí..... tanto que yo creí que iba usted á entrar.

—¿Yo, doña Ceferina?

—Por lo menos usted ha estado buscando una casa en esta calle, y ya hace un cuarto de hora que lo veo á usted recorrer los za-

guanes, hasta que el pelón habló con usted y entonces sin vacilar se ha dirigido usted hacia aquí; ya ve usted que tenía yo razón en creer que iba usted á entrar.

Don Aristeo estaba perplejo.

—Y además, agregó doña Ceferina, como viene usted de tiros largos.....

—Sí, pero eso es porque.....

—Vamos, vamos, vendrá usted tal vez á ver si esa mujer de mis pecados se quita de en medio.

—Pues es cierto, doña Ceferina, á eso venía yo, á ver si por fin conseguimos evitar los males que son la consecuencia inmediata de.... de esta corrupción de costumbres, doña Ceferina.

—¿Y eso de acuerdo con Felipita?

—Sí, señora.

—¿Y cómo está de salud?

—Bien, á Dios gracias.

—¡Vaya! bendito sea Dios, don Aristeo; ¿conque vá usted, eh?

—Voy á hacer esa sacrificio.

—¡Pobre de usted! pero cómo ha de ser,

señor, cómo ha de ser; eso sí, que no le arriendo á usted las ganancias con los vecinos, porque todos van á saber que usted ha venido, y será el habladero para poner tablados.

: ¡Sea todo por el amor de Dios! pero usted bien sabe cuán sana es mi intención y qué sinceros nuestros deseos.

|| Ya se vé, señor don Aristeo..... conque..... que salga usted bien de su empresa; allá iré á saber cómo le fué á usted de visita; Dios lo lleve por buen camino.

|| Adios, doña Ceferina.

|| Adios, don Aristeo.

FIN DEL TOMO I.



ÍNDICE.

	Páginas
CAPÍTULO I.—O sea introducción indispensable á la monografía de la jamona. . .	9
CAPÍTULO II.—Entra en escena una mujer enteramente parecida á una jamona. . . .	19
CAPÍTULO III.—En el que se vé que las amistades de la infancia son duraderas.	33
CAPÍTULO IV.—Empiezan á prepararse las borrascas del corazón en una danza . .	47
CAPÍTULO V.—Amalia, como los generales, dá la primera acción que se llama «reconocimiento»	59
CAPÍTULO VI.—La casa de Sánchez.	69
CAPÍTULO VII.—Continúa el elenco de la familia de Sánchez	85
CAPÍTULO VIII.—En el que se dá á conocer á la jamona de «sangre pura».	99
CAPÍTULO IX.—Patología interna.	119
CAPÍTULO X.—Una vieja chocolatera	133
CAPÍTULO XI.—Sánchez soñando con los grandes negocios	151
CAPÍTULO XII.—Continúa Sánchez en el camino de su engrandecimiento.	167
CAPÍTULO XIII.—Chona bajo la influencia de la música, y Sánchez bajo la influencia del champagne.	181
CAPÍTULO XIV.—La embriaguez.	193
CAPÍTULO XV.—Sánchez hace partícipe á Amalia de las dulzuras del vino de champagne.	205
CAPÍTULO XVI.—D. Aristeo y la cocota. . .	219

ÍNDICE DE LAS LÁMINAS.

SÁNCHEZ EN LA CASA DE CARLOS, al cromo (portada)..	3
Sánchez.	29
D. Aristeo.	75
Salvador	107
Pero va usted á rabiar con esos botines don Aristeo.	225

OBRAS

DEL MISMO AUTOR

Y PUBLICADAS EN ESTA EDICIÓN.

- TOMO I.—*Baile y Cochino*.....
- TOMO II.—*Ensalada de pollos*, (1.^a parte).
- TOMO III.—*Ensalada de pollos*, (2.^a parte).
- TOMO IV.—*Los Mariditos*.
- TOMO V.—*Historia de Chucho el Ninfo*,
(1.^a parte).
- TOMO VI.—*Historia de Chucho el Ninfo*,
(2.^a parte).
- TOMO VII.—*Los Fuereños. La Noche Buena*.
- TOMO VIII.—*Mis Poesías*.
- TOMO IX.—*Artículos ligeros sobre asuntos
trascendentales*.
- TOMO X.—*Id., id., id.* (2.^a parte.)
- TOMO XI.—*Isolina*, (1.^a parte.)
- TOMO XII.—*Isolina*, (2.^a parte.)
- TOMO XIII.—*Las Jamonas*, (1.^a parte.)
-
- TOMO XIV.—*Las Jamonas*, (2.^a parte).—
En prensa.



1001890964